

CAPÍTULO I

**DE SABINO ARANA
A LA «IZQUIERDA ABERTZALE».
EL NACIONALISMO VASCO RADICAL**

**I. DIOS Y LA LEY VIEJA. UNA DOCTRINA
POLÍTICO-RELIGIOSA**

Siguiendo el esquema de José Luis de la Granja, podemos distinguir tres corrientes principales dentro del nacionalismo vasco: la moderada, la heterodoxa y la radical. Esta última corriente es la segunda en número e influencia de dicha cultura política. Y, no hay que olvidarlo, también se trató de la inicial, ya que el propio Sabino Arana fue el primer *abertzale* intransigente. El ultranacionalismo vasco ha estado históricamente representado por la tendencia independentista del PNV, *Aberri* (Patria) en la década de 1920, los *jagi-jagis* (arriba-arriba) durante la II República, el colectivo *Ekin* (Hacer) en los años cincuenta, ETA a partir de 1958 y, desde el tardofranquismo, los partidos que han girado en torno a su órbita (la «izquierda abertzale»), amén de algunas pequeñas y fugaces formaciones como ESB, *Euskal Sozialista Biltzarrea* (Partido Socialista Vasco).

Radical es un adjetivo que significa «extremista», pero que etimológicamente nos remite a las raíces. En el caso del nacionalismo vasco radical las dos dimensiones de la palabra son perfectamente adecuadas. Por una parte, se trata de la versión más exaltada del *abertzalismo* y, como tal, defiende el secesionismo a ultranza, sin ambigüedades. Por otra parte, pretende regresar a los orígenes de dicha ideología, es decir, a los planteamientos del fundador del PNV. En palabras de José María Lorenzo Espinosa, historiador que formó parte de la Mesa Nacional de HB, «es cierto que no todos los nacionalismos vascos son aranistas, pero también lo es que cualquier independentismo tiene su raíces ancladas en Sabino». Precisamente él es nuestra primera parada¹.

¹ Granja (2003: 55 y 2009b: 178) y Lorenzo (1992: 272). Casquete (2009: 67), en cambio, considera que es nacionalista vasco radical aquel que utiliza o legitima unos medios extremos como el terrorismo.

Sabino Arana fue el creador del nacionalismo vasco y del PNV (1895), cuyos militantes son conocidos como *jeltzales* (amantes o seguidores del lema «Dios y la Ley Vieja»)². Su credo combinaba el integrismo católico y el *antimaketismo*, es decir, el odio hacia los inmigrantes (*maketos*). A decir de José Luis de la Granja, Arana no creó «una mera ideología» sino «una auténtica doctrina político-religiosa, que se basaba no tanto en ideas y razones cuanto sobre todo en creencias y sentimientos». Estos, a su vez, se sustentaban en la manipulación de la historia y en la invención de la tradición. Así, Arana reinterpretó la trayectoria de las Provincias Vascongadas y de Navarra, rescribiendo los mitos de la literatura fuerista romántica e inspirándose en la frustración de la última derrota carlista y la pérdida de los Fueros. Sus textos, clasificables como literatura propagandística, carecían de rigor historiográfico, pero Arana no buscaba la verdad, sino héroes y mártires de la patria que presentar a sus coetáneos como ejemplos a seguir. Su éxito radica en que fue capaz de crear una narrativa (vid. Anexo II) cerrada, coherente, creíble, atractiva... e inmune a la crítica racional, ya que no estaba basada en el método científico, sino en la fe *abertzale*. Estas características le confirieron un potencial tal que desde entonces ha servido de modelo a la posterior y prolífica literatura histórica nacionalista, que a su vez ha ido ampliando y perfeccionando la saga que él inició³. El relato aranista buscaba conmover a sus receptores (los vascos), impulsarles a la militancia política (en el PNV) y animarles a que sustituyesen sus previos (y múltiples) sentimientos de pertenencia territorial por una identidad nacional única y excluyente, la *abertzale*.

Para Arana, la nación vasca era un ente creado por Dios, pero que, al contrario que otras comunidades, había conseguido mantener su esencia: la homogeneidad religiosa y racial. Por dicho motivo, para bautizarla inventó la denominación de «Euzkadi»: el país de los *euzkos*, los pertenecientes a la raza vasca. Durante milenios esta nación había vivido una idílica Edad de Oro caracterizada por la pureza racial, al no mezclarse con otros pueblos («limpieza de sangre»), la religión católica, la independencia originaria, la democracia foral y la armonía social. Tan feliz situación se vio periódicamente amenazada por las invasiones de los belicosos extranjeros que fueron rechazadas con las armas en la mano gracias al épico sacrificio de los vascos. De todos aquellos enemigos, el peor era el que denominaba *Maketania*, la impía nación española, antítesis de la virtuosa Euzkadi. Desechando la tesis fuerista del pacto con la Corona, Arana interpretaba la integración histórica del Señorío en Castilla como una mera unión de los

² El PNV se denomina en euskera EAJ, *Eusko Alderdi Jeltzalea* (Partido Vasco de JEL), y JEL es el acrónimo del principal lema de Arana: «*Jaungoikua eta Lagizarra*» (Dios y Ley Vieja o Fueros).

³ Corcuera (1998: 58) y Granja (2006a: 110 y 2009b: 157).

títulos nobiliarios en una misma persona (a la vez rey de Castilla y señor de Vizcaya) a partir de 1379.

Según su diagnóstico, el pasado glorioso de Euzkadi duró hasta la derrota de la nación vasca (identificada con el bando carlista) a manos de la nación española (identificada con el bando liberal) en la primera guerra civil del siglo XIX (1833-1839). Desde la perspectiva del fundador del PNV, la ley del 25 de octubre de 1839, en vez de confirmar los Fueros de las Provincias Vascongadas, los había derogado, es decir, suponía la pérdida de la independencia originaria. La agresora *Maketania* había conquistado Euzkadi. Desde entonces la dominación española había pervertido a la nación vasca, condenándola a su presente decadencia e incluso amenazando con hacerla desaparecer del mapa. En la dicotomía maniquea de Arana, «ellos», los malvados enemigos de la patria, que se caracterizaban por su odio obsesivo a todo lo vasco, eran tanto externos («los españoles», es decir, los *maketos*) como internos (los autóctonos *maketófilos* o «españolistas», esto es, no *abertzales*). Entre la larga lista de males que había traído la presencia de esta anti-Euzkadi, materializada en la inmigración, destacaban la incredulidad, el crimen, el *mestizaje* racial, la blasfemia y la degradación de la moral pública.

El futuro que Arana imaginaba era una Euzkadi que hubiese «recuperado» su independencia. Así, los territorios que supuestamente estaban habitados por la raza vasca (el País Vasco, Navarra y el País Vasco francés) debían desligarse de sus opresores para formar una confederación de estados confesionales y racialmente homogéneos. Para lograrlo Arana prescribía la necesidad de luchar políticamente contra los enemigos internos y externos a través del PNV, el único y legítimo representante de la patria.

Sabino no veía en la separación territorial una meta sino un medio para alcanzar el objetivo superior: la salvación espiritual de la nación vasca. De ahí su primitivo lema, «*Gu Euzkadiarentzat eta Euzkadi Jaungoikuarentzat*» (Nosotros para Euzkadi y Euzkadi para Dios), o que afirmara que su grito de independencia «solo por Dios ha resonado» pues «*Bizkaya, dependiente de España, no puede dirigirse a Dios; no puede ser católica en la práctica*». En conclusión, citando a De la Granja, «la doctrina fundacional de Sabino Arana es un nacionalismo antiespañol que surge del rechazo total a España y a los españoles por motivos políticos y religiosos»⁴. Por idénticas razones, atacó a aquellas ideologías que cuestionaban su versión fundamentalista y clerical de la religión católica o que él consideraba foráneas.

⁴ Granja (2009a: 18-20). Sobre el antiespañolismo vid. Granja (2006b) y Granja, De Pablo y Casquete: «España», en De Pablo *et alii* (2012: 230-255).

Ni Arana inventó el despectivo término *maketo* ni el nacionalismo fue el único movimiento político del País Vasco con posturas hostiles hacia los inmigrantes venidos del resto de España al calor de la revolución industrial. Para cuando apareció el PNV, la xenofobia ya estaba explícitamente presente en parte sustancial de las derechas vascas (el carlismo, el integrismo y sectores del fuerismo). No obstante, Arana dio un paso más y desarrolló ese planteamiento hasta sus últimas consecuencias: el racismo propiamente dicho. Primero, formulando un esquema maniqueo, consideró que vascos y españoles formaban parte de razas no solo diferentes, sino incompatibles, enemistadas y cualitativamente desiguales. Por tanto, la llegada de los *maketos* a Vizcaya amenazaba la integridad religiosa, ética y racial de la nación vasca. La convivencia era peligrosa. Había que preservar la pureza de la raza, ya que el *mestizaje*, por el que Arana sentía auténtico pavor, conducía a la degradación y a la decadencia. Los *maketos* eran «invasores», enemigos que debían ser aislados y segregados de la comunidad vasca. En segundo término, siguiendo este criterio de exclusión étnica, únicamente las personas pertenecientes a la «raza vasca» podían ser consideradas auténticamente vascas. Y, para demostrarlo de una forma supuestamente objetiva, los candidatos debían poseer una larga lista de apellidos autóctonos. Así, se excluía a los *maketos* y a los *mestizos*. En tercer lugar, acreditar *pureza de sangre* no era suficiente, puesto que de igual manera se apartaba de la nación vasca a aquellos autóctonos ideológicamente contaminados, a los que Arana denominaba *maketófilos* (liberales, republicanos, socialistas, librepensadores, ateos, no confessionales, etc.). Cuarto, en palabras de De la Granja, el fundador el PNV «hizo del *antimaketismo* el núcleo central de su doctrina y lo identificó con el antiespañolismo, al tratar despectivamente de *maketos* a todos los españoles no vascos»⁵. Por último, hay que añadir que para Arana el euskera era un elemento secundario de la nacionalidad, ya que la mayor utilidad de la lengua residía en discriminar a los inmigrantes y aislarlos de los autóctonos.

Arana, cuya narrativa estaba hilvanada con un lenguaje casi bélico, escribió algunos artículos incendiarios, en los que mostraba un odio furibundo hacia *maketos* y *maketófilos* y hacia gala de una exaltada agresividad discursiva. Ahora bien, la violencia del fundador del PNV fue retórica: quedó reflejada en su obra escrita, pero jamás pasó de las palabras a los hechos. Tal y como advirtió, «me cuidaré bien, en las circunstancias actuales, de llamar a los bizkainos a las armas para rechazar la dominación española». En ese sentido, considero que a Arana no puede achacár-

⁵ Granja (2006b: 192). Vid. también Chacón Delgado (2010: 53-62), Corcuera (2001: 243-245 y 422-431), Elorza (2001: 182-186) y Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 39-49).

sele la responsabilidad última de la actividad terrorista de ETA, que surgió en un contexto muy diferente al suyo. Tampoco resulta correcto que José María Lorenzo, haciendo referencia a la hipotética querencia de Sabino por la «lucha armada» (cuya práctica habría sido impedida por las «circunstancias de esta fase»), afirme que la banda se había «limitado a poner en acto lo que ya estaba en potencia desde la fundación» del nacionalismo vasco. Hay que cuestionar la lógica de esta cadena, que responde a una visión demasiado presentista. Al igual que habían hecho (sobre el papel) los *jagi-jagis* y el líder *jeltzale* Manuel de Eguileor en la II República, durante la década de los sesenta una nueva generación ultranacionalista entendió que el canon aranista legitimaba la violencia política. O quiso entenderlo así. A la (distorsionadora) luz de los movimientos de liberación del Tercer Mundo, insertos en una cultura incivil y antidemocrática, los jóvenes etarras hicieron una lectura fanáticamente literal de las obras de «el Maestro». Pero la suya era tan solo una de las muchas interpretaciones posibles. Como demuestra la trayectoria de José Antonio Aguirre o Manuel Irujo, cabían visiones muy diferentes del legado del padre de la doctrina *abertzale*⁶.

La sacralización de la figura de Sabino Arana tras su muerte no impidió que el PNV se fuera moderando progresivamente: adoptó un posibilismo autonomista y se acercó a las derechas no *abertzales*. Esta evolución provocó que su facción más radical se escindiera en dos ocasiones durante el primer tercio del siglo XX. Ambas disidencias compartieron una serie de características comunes. En primer lugar, eran grupos ultranacionalistas ortodoxos, defensores de la integridad doctrinal del aranismo: acusaban a la dirección *jeltzale* de haber abandonado los dogmas de su fundador. En segundo lugar, las dos rupturas estuvieron lideradas por Elías Gallastegui (*Gudari*)⁷ y apoyadas *a posteriori* por Luis Arana, hermano de Sabino. En tercer lugar, nunca llegaron a amenazar seriamente la primacía del PNV, que retuvo a la mayoría de la militancia *jeltzale*. En cuarto lugar, la base territorial de ambos cismas se redujo básicamente a Vizcaya, siendo muy débiles en el resto del País Vasco.

La primera disidencia se produjo cuando se expulsó a un sector de las juventudes del partido a raíz de una polémica periodística. El grupo, abanderado por *Gudari*, decidió crear una nueva formación, el PNV

⁶ *Bizkaitarra*, 3-III-1894, cit. en Granja (2009b: 149). Elorza (2003 y 2005b: 185) y Lorenzo (1998: 274-275). Eguileor (1936: 69), exaberriano caracterizado por su ortodoxia aranista, llegó a apoyarse en citas de «el Maestro» para justificar el recurso a la «fuerza» y la «liberación sangrienta de la Patria». Sin embargo, su libro, publicado justo antes de que estallase la Guerra Civil, no tuvo repercusión alguna y, desde luego, estaba muy lejos de los planteamientos del resto de dirigentes del PNV, que habían apostado por la vía institucional y el autonomismo.

⁷ De Pablo: «Eli Gallastegi», en De Pablo *et alii* (2012: 395-406) y Lorenzo (1992).

(1921-1930), también conocida como *Aberri* por la cabecera de su órgano de expresión. En 1922 se les unió una minúscula escisión anterior dirigida por Luis Arana, quien fue nombrado presidente del partido. *Gudari* y Arana compartían su ortodoxia sabiniana: tradicionalismo, independentismo a ultranza, rechazo a cualquier colaboración con los vascos no nacionalistas, antiespañolismo, integrismo, puritanismo moral y *antimaketismo*.

Algunos de los antiguos *aberrianos* participaron en la segunda ruptura radical del nacionalismo en 1934: los *jagi-jagis*, que tomaron el nombre de su periódico. En este caso se trató de un pequeño colectivo proveniente de la Federación de *Mendigoxales* (montañeros) de Vizcaya. No llegaron a formar un nuevo partido, sino que defendieron infructuosamente que las diversas fuerzas *abertzales* conformaran un frente independentista. En realidad, los *jagi-jagis* se asemejaban a una organización paramilitar. A decir de José María Tápiz, mientras estuvieron en la órbita *jeltzale* se dedicaron principalmente a la propaganda, pero también actuaron como el «servicio de orden» del partido, que les proporcionaba armas en períodos electorales. Tal y como les había ordenado su dirección en 1932, muchos de ellos iban armados y realizaban ejercicios de tiro. Como se podía leer en uno de sus boletines, «mendigoxale: tú no eres un deportista. Óyelo bien: tú eres un soldado de la Patria». No es de extrañar que los *jagi-jagis* protagonizaran enfrentamientos violentos con grupos juveniles de izquierdas y que se plantearan adoptar la vía armada a imitación del movimiento republicano irlandés, al que Gallastegui admiraba. Ahora bien, los *mendigoxales*, pese a sus proclamas, no llegaron a poner en práctica una estrategia terrorista o insurreccional⁸.

Los *jagi-jagis*, como antes había hecho *Aberri*, se autoerigieron en guardianes de la fe aranista. La verdad revelada por el profeta no podía modificarse. Así, *Gudari* advertía, tras la reproducción de uno de los artículos más racistas de Arana, que «desfigurar tan alto pensamiento es traicionarlo». Otra muestra significativa de la devoción hacia el fundador del PNV se puede encontrar en un texto de Pedro de Basaldúa: «Los vascos hablan Sabino, escriben Sabino, piensan en Sabino y sueñan con él hasta el extremo que sería ridículo si no mereciera tal admiración». Por supuesto, la narrativa aranista fue asumida en su totalidad. Trifón Echebarría (*Etarte*) resumía el supuesto enfrentamiento secular entre la nación española y la nación vasca como una «lucha de razas [...]. La lucha de siempre se ha convertido hoy en odio de razas, y quien de esta lucha desiste, por

⁸ *Jagi-Jagi* n.º 2, 24-IX-1932. Elorza (2001: 383-400), Granja (2007: 313-316 y 2008: 465-469 y 563-566), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 44-49), Renobales (2010: 102 y 148-154) y Tápiz (2001: 261 y 351-363).

muy grandes que sean las razones, es un traidor a la patria». Contra estos «traidores», se anunciaba en un artículo anterior, había declarada una «franca guerra». Aquella animadversión, primero dirigida hacia los vascos no nacionalistas, se extendió, cuando rehusaron formar parte de un frente *abertzale* en 1936, a los líderes del PNV y ANV⁹.

Los *jagi-jagis* heredaron el «anticapitalismo» del primer Sabino Arana, lo que no hay que identificar con una posición de izquierdas (nada más opuesto a la «lucha de clases» que la «lucha de razas»), sino con la asunción de la doctrina social de la Iglesia Católica. En palabras de Echebarría, «se nos ha achacado como de enemigos del capital, gran error; no odiamos al capital, no; lo que odiamos es el capitalismo, es decir, el abuso o mal uso del capital, y este odio al capitalismo, lo tenemos refrendado en las encíclicas de los Papas»¹⁰.

Para movilizar a sus bases los *jagi-jagis* apelaban directamente a las emociones y, más concretamente, al «odio purificador» al «enemigo moral y material de nuestra patria». Como catalizador para provocarlo se recurrió a la mística del tormento heroico: el victimismo y la glorificación de la figura de los presos y los mártires *mendigoxales*. Ya en el primer número de *Jagi-Jagi* Manuel de la Sota (*Txanka*) asumía que «solamente conseguiremos la libertad de nuestra Patria con nuestro sacrificio y nuestro sufrimiento, y que cuanto mayores sean estos, más rápidamente llegará aquélla». En el siguiente boletín se advertía al *mendigoxale* de que «la cumbre que tú persigues [...] sabes que termina en una Cruz». Los presos ocuparon un lugar destacado en las páginas de *Jagi-Jagi* hasta el punto que Sota propuso la formación de una asociación elitista a la que «pertenecerían exclusivamente, todos aquellos que han tenido la honra de pisar la cárcel por causas patrióticas». Tampoco faltó la construcción de mártires seculares. Ya en octubre de 1932 apareció el primer «cuadro de honor» de «Nuestros muertos», a los que había que tener «grabados en la mente». Se pedía poner «una oración en tus labios por las almas de los que dieron sus vidas sin vacilar en holocausto de la Patria desgraciada y no vaciles en imitarles si llega el momento [...]. De la tierra regada por la sangre de sus hijos brotará en un día no lejano, el fruto sazonado que la alimente»¹¹.

En cierto sentido *Aberri* y los *jagi-jagis* pueden ser considerados los precedentes históricos de ETA y la «izquierda *abertzale*». Incluso algunos

⁹ Las citas de *Gudari* y *Etarte* en *Jagi-Jagi*, n.º 104, 6-VI-1936. La de Basaldua en el n.º 49, 16-IX-1933. La «guerra a los traidores» en el n.º 27, 1-IV-1933. Las acusaciones contra el PNV y ANV en varios números, como n.º 100, 9-V-1936, n.º 101, 16-V-1936 y n.º 106, 20-VI-1936. Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 47-48).

¹⁰ *Jagi-Jagi*, n.º 72, 14-VII-1934.

¹¹ El «odio purificador», en *Jagi-Jagi*, n.º 27, 1-IV-1933. El artículo de Sota en n.º 1, 17-IX-1932. La «Cruz» en n.º 2, 24-IX-1932. El cuadro de los mártires en el n.º 4, 8-X-1932.

líderes ultranacionalistas de los años veinte y treinta del siglo XX actuaron como puente con la banda, en la que sus descendientes han llegado a militar (siendo el caso más conocido el de la saga familiar de los Gallaestegi). No obstante, entre unos y otros hay sustanciales diferencias estratégicas (el terrorismo) y doctrinales (el racismo y el integrismo de los primeros o el autoproclamado socialismo de los segundos) que no conviene pasar por alto. Además, hubo un hecho crucial que separó a la generación de los *mendigoxales* de la de los etarras: la Guerra Civil (1936-1939).

II. VENCEDORES Y VENCIDOS. EL NACIONALISMO VASCO Y LA DICTADURA FRANQUISTA

La Guerra Civil fue un sangriento conflicto que dividió España en dos bandos irreconciliables, el franquista y el republicano. Casi toda Álava y Navarra quedaron desde el principio de la contienda bajo control de los sublevados. En cambio, la insurrección fracasó en Vizcaya y Guipúzcoa, debido a la actuación de socialistas, comunistas, republicanos, anarquistas y ANV, a los que, tras algunas vacilaciones, se unió el PNV. En el escaso año que duró la guerra en Euskadi se aprobó un Estatuto de autonomía y se formó un Gobierno vasco transversal de las izquierdas y los *jeltzales*, presidido por el *lehendakari* (presidente) José Antonio Aguirre. Las tropas de este bando estaban compuestas por milicianos, pertenecientes a los batallones del Frente Popular (el PSOE, el Partido Comunista de Euskadi, y los republicanos) y de la CNT, Confederación Nacional del Trabajo, y *gudaris* (soldados) de las unidades nacionalistas (PNV, ANV, *mendigoxales* y ELA-STV, *Eusko Langileen Alkartasuna*-Solidaridad de Trabajadores Vascos). En la otra trinchera se encontraban, entre otras fuerzas, los requetés de las brigadas carlistas vasconavarra, que tomaron Vizcaya en junio de 1937.

Los vencedores llevaron a cabo una dura y sistemática represión sobre los vencidos, pero, a la espera de conocer los datos definitivos, todo parece indicar que las represalias fueron menos mortíferas en Euskadi que en otras regiones de España. También fueron más selectivas. Las nuevas autoridades se cebaron con las izquierdas, que acabaron literalmente barridas del suelo vasco. Gracias a su carácter conservador y católico, la militancia nacionalista, incluyendo a los *jagi-jagis*, tuvo un trato menos severo. Muchas de las condenas a muerte no se cumplieron y en 1943 salieron de la cárcel los últimos presos *abertzales*¹².

¹² Barruso (2007), De Pablo (2002b: 91 y 2003: 138-139), Espinosa Maestre (2009) y Montero (2008: 466).

Con el Decreto-ley del 23 de junio de 1937 fueron suprimidos los Conciertos económicos de Vizcaya y Guipúzcoa, que pasaron al régimen fiscal general, pero no el de Álava ni el Convenio de Navarra, que fueron confirmados. Por supuesto, los vencedores desecharon el Estatuto de 1936 y la Euskadi autónoma que este había creado. La democracia parlamentaria había sido sustituida por una dictadura centralista a cuya cabeza se situaba el general Francisco Franco. Se proscribió a los partidos políticos de izquierdas y nacionalistas, así como a los sindicatos. Sobre todo en los primeros años, la cultura en euskera fue marginada (el vascuence fue desterrado de las aulas, aunque nunca estuvo oficialmente prohibido). En definitiva, siguiendo a Manuel Montero, la dictadura fue un «Estado contra el pluralismo», que, en pro de un proyecto de nación homogénea, intentó acabar con la rica diversidad política, identitaria, cultural y lingüística de España y, por ende, del País Vasco¹³.

Empero, en Euskadi el régimen franquista no se basó únicamente en la coacción. Además, gozaba de la bendición de la jerarquía católica y estaba sustentado por amplias capas de la burguesía y las clases populares, la pasividad de la mayoría de la población y la adhesión de una de las tres grandes culturas políticas del país: las derechas. Sus representantes vascos y navarros acapararon los puestos de poder a nivel local y provincial. También tuvieron una nutrida representación en las altas instituciones del Estado. Ahora bien, formaban un magma tan heterogéneo como los cimientos doctrinales de la dictadura.

Tras un siglo de reveses, el carlismo, cuyos simpatizantes integraban el grueso de los partidarios de Franco en el País Vasco y Navarra, había ganado una guerra... para perder la paz. Dicha corriente, incapaz de impedir la supresión de los Conciertos, fue relegada a un segundo plano. Sin un liderazgo claro, los tradicionalistas se dividieron en múltiples facciones enfrentadas entre sí. Su base sociológica, en buena medida vascoparlante, vio cómo su propio bando arrinconaba (*Euskaltzaindia*, la Real Academia de la Lengua Vasca) o prohibía (Sociedad de Estudios Vascos) varias de las iniciativas culturales que habían impulsado algunos de los prohombres de las derechas; por no hablar de la confusión entre euskera y *abertzalismo* de la que ciertas autoridades locales franquistas hicieron gala. Así, se dejó el campo libre al nacionalismo, que a la larga consiguió patrimonializar el folclore y las tradiciones autóctonas, la cultura en vascuence e incluso la identidad territorial. En el interior de Guipúzcoa y en el norte de Navarra una gran porción del carlismo sociológico fue abandonando el legitimismo monárquico para sumarse a la comunidad *abertzale*. Baste el ejemplo del luego presidente del PNV Xabier Arzalluz, que pro-

¹³ De Pablo (2002a: 92, 2006: 801 y 2010) y Montero (2008: 459).

venía de una familia tradicionalista y *euskaldun* (vascoparlante). Fue su experiencia en la escuela, donde toda la enseñanza se hacía en castellano, lo que le llevó a la conversión nacionalista. En sus propias palabras, renegó y se volvió «no solo contra Franco sino contra España»¹⁴.

La represión más tenue y la menor duración de *su* guerra facilitaron la supervivencia del nacionalismo organizado en el interior del País Vasco. La doctrina *abertzale* no solo se había transmitido entre generaciones, sino que incluso logró expandirse, al ocupar gran parte del vacío que iba dejando el carlismo. Este fenómeno tuvo lugar en redes sociales como la familia, la cuadrilla y sus rituales de ocio, la vida asociativa, el ámbito de la cultura en euskera y la Iglesia. Es decir, ambientes propicios para la transmisión oral de la narrativa aranista o, en la acertada expresión de Jon Juaristi, de las «historias de nacionalistas vascos». Así, el PNV pudo conservar cierta continuidad. No obstante, su actividad fue muy reducida, razón por la que bastantes de los jóvenes *abertzales*, aunque tuvieron la oportunidad de conectar con el viejo partido, le acusaban de apatía e inoperancia¹⁵.

Para entonces la saga nacionalista se había ampliado con nuevos episodios. La paulatina desaparición del tradicionalismo permitía reducirlo a un mero prólogo del movimiento *abertzale*. Las guerras carlistas se convirtieron en otros tantos enfrentamientos étnicos contra los «españoles» y el general Tomás de Zumalacárregui en un caudillo independentista. Por otro lado, se añadió un penúltimo acto al canon: la Guerra Civil. No se contó *lo que fue* (un conflicto bélico entre españoles, incluyendo a vascos y navarros en ambos bandos), sino *lo que debería haber sido* para respetar la coherencia interna del relato aranista. Así, como ya se había esbozado durante 1937 en *Gudari*, la revista de los batallones nacionalistas, o *Patria Libre*, la de los *mendigoxales*, la contienda fue transformada en la enésima invasión de los «españoles», todos ellos franquistas («fascista», «facha» y «español» pasaron a ser sinónimos), a los pacíficos vascos, todos ellos *abertzales*. Tras la conquista del país, llegó una cruel represión en la que los «españoles» fusilaron a miles y miles de «vascos» por el mero hecho de serlo. Como emblema de su odio atávico se destacaba el bombardeo de Guernica, mientras que, en contraste, se dejaba claro que los *gudaris* no tenían las manos manchadas de sangre. Euskadi era, por tanto, la única víctima de la Guerra Civil y, como tal, la que debía ser resarcida por los culpables «españoles»¹⁶.

¹⁴ El testimonio de Arzalluz en Medem (2003: 281). Sobre el carlismo durante la dictadura vid. Baglietto (1999), Caspistegui (1997), MacClancy (2000), Molina (2008) y Orella (1996).

¹⁵ Gurrutxaga Abad (1985 y 1990), Pérez-Agote (1987 y 2008) y Reinares (2001: 54-68 y 145-150).

¹⁶ Aguilar (1998), Juaristi (1997a y 1998), Molina (2008: 191-197, las citas en 192, 2010b: 250-251, 2010c, 2011: 291, y 2012: 44-67), López de Maturana: «Guerras carlistas» y «Tomás

El nuevo episodio permitía la apoteosis de la figura del *gudari*, convertido en héroe patriótico que había resistido con arrojo el ataque del enemigo ancestral, pese a la manifiesta superioridad numérica (y perfidia) de este, e incluso en mártir, caso del muerto en combate o del ejecutado en la inmediata represión. Ya en 1945 se inauguró un monumento al *gudari* en el Centro Vasco de Caracas (Venezuela), ante el que se hacían periódicos homenajes, y a partir de 1965 el PNV celebró anualmente el *Gudari Eguna* (Día del Soldado Nacionalista Vasco). Así, el imaginario patriótico se enriquecía con ídolos humanos cuyo valor y sacrificio había que admirar y, en último extremo, imitar. Como se podía leer en un reaparecido *Jagi-Jagi* de 1946, «nuestros muertos nos empujan a la lucha». En 1958 la hoja *Euzkadi Azkatuta* avisaba de que «aquellos gudaris que tienen dos metros de tierra encima reclaman de nosotros, una conducta que responda a “aquellos” por lo cual ellos murieron». Cuatro años después EGI, *Eusko Gaztedi* del Interior (Juventud Vasca), el organismo juvenil *jeltzale*, asumía que «estamos aún en guerra. La Patria está ocupada» y lo hacía significativamente en su nueva cabecera *Gudari*. Ese mismo año en el boletín de ETA un autotitulado «*gaurko gudari batek*» (un *gudari* de hoy) escribía en referencia a los presos de la banda: «ellos son los gudaris de 1962, herederos de los que les precedieron y cayeron en Elgueta y en Artxanda [sendas batallas de la Guerra Civil], ametrallados por los que hoy están sentados en la Diputación de Bizcaya». Y es que la idealización y glorificación del *gudari* era, además, una forma de rebatir a la dictadura en el plano simbólico, ya que esta había hecho lo propio ensalzando pública y sistemáticamente a los excombatientes franquistas y los «caídos por Dios y por España»¹⁷.

La estructura triádica de la retórica nacionalista conformaba una saga compuesta por varios ciclos, a cada uno de los cuales le correspondía su particular pasado glorioso (el régimen foral o la etapa del Gobierno vasco), su diagnóstico (las derrotas bélicas) y su presente en decadencia, aunque los elementos de uno y otro podían fácilmente confundirse en el imaginario *abertzale*. Así, según el etarra Sabín Uribe (1962), «en tres ocasiones se ha levantado en armas Euzkadi (peninsular) contra el Estado español, desde que se halla sometida: las dos guerras carlistas y la de 1936. Las tres veces ha sido vencida y aplastada militarmente, sufriendo la bárbara represión del vencedor». En consecuencia, la nación estaba en un serio

Zumalacárregui», en De Pablo *et alii* (2012: 468-481 y 762-775), Montero (2008: 467 y 2011: 206-209 y 251-253), Muro (2007: 193 y 2009a), Orella (1996: 115), Pérez Pérez (2009: 306), Ruiz Soroa (2008) y Villa (2009: 165-166). *Gudari*, 6-III, 15-IV y 15-V-1937.

¹⁷ Casquette (2009: 206-217) y «*Gudari Eguna*», en De Pablo *et alii* (2012: 431-433). *Euskadi* (Caracas), n.º 31, I-1946, *Jagi-Jagi*, n.º 111, VII-1946, *Euzkadi Azkatuta*, 1958, *Gudari*, n.º 13, 1962, y *Zutik*, IV-1962.

peligro, ya que sufría «el mayor y más sádico genocidio que han visto los siglos»: la dictadura «intenta por todos los medios el aniquilamiento del alma vasca». Como advertía ETA, «en la próxima década Euzkadi podrá escoger, por última vez, la resurrección o la muerte nacional»¹⁸.

Muchos nacionalistas anhelaban la misma «resurrección» (el futuro utópico): la independencia de la patria. Pero, ¿qué hay de la prescripción para alcanzarla? La del Gobierno vasco, el recurso a la ayuda de las democracias occidentales, se había malogrado por la Guerra Fría. Como denunciaba *Zutik* en 1963, «nuestra postura de esperar ha sido un fracaso durante veinticinco años». En consecuencia, la nueva generación empezó a plantearse otros métodos de acción más expeditivos, aquellos que estaban teniendo éxito en el Tercer Mundo, aunque lo cierto es que, desde el exilio venezolano, los veteranos más exaltados señalaban el camino a seguir clamando: «nuestra lucha es a muerte, y por tanto, la acción violenta es nuestra única arma» (1958) o «más vale un tiro disparado a tiempo que cien discursos...» (1959). La trágica sucesión de derrotas militares a manos de los périfidos «españoles» era vista como un conflicto secular, por lo que, haciendo una lectura literal del relato aranista ampliado, algunos jóvenes nacionalistas decidieron continuar la «guerra» de sus antepasados, emulando a los *gudaris* de 1936-1937. En 1962 los líderes de ETA se comprometían a cumplir «con el deber de ser leales al recuerdo de los gudaris, que murieron en la guerra y al heroísmo de nuestros compañeros de hoy» y dos años después les parecía «un deber natural luchar, sufrir y morir lo mismo en 1936 que en 1964». Al fin y al cabo, los etarras no pretendían «más que recoger la antorcha y continuar el camino». Pero no eran solo ellos. En 1963 la revista *Gudari* de EGI, que el año anterior había justificado la «violencia armada», proclamaba que «la generación del 63 está dispuesta a seguir el ejemplo de la generación del 36». Y, en cierto modo, aunque no por toda la comunidad *abertzale*, eran contemplados como sus continuadores. No es casualidad que distintas publicaciones nacionalistas empleasen la etiqueta de «*gudaris* de la Resistencia» para referirse a los activistas de ETA, EGI u otros grupos, y especialmente de los que habían acabado en prisión¹⁹.

La narrativa *abertzale* era incompatible con la propaganda de la dictadura franquista, pero, aun basándose ambas en manipulaciones históricas, existía una notable diferencia entre ellas: la primera era interna (provenía de las redes sociales a las que pertenecía el individuo, como la familia) y la segunda era externa (se transmitía en la escuela y en los medios de co-

¹⁸ *Zutik*, n.º 8, XII-1962, n.º 18, 1964, y n.º especial *Aberri Eguna*, 1963.

¹⁹ *Euzkadi Askatuta*, 1958, I-1959, IX-1961, y 1964, *Zutik Caracas*, n.º 15, 1961 y n.º 16, 1961, *Zutik*, XII-1961/I-1962, n.º 12, 1963, y n.º 19, 1964, y *Gudari*, n.º 11, 1962, y n.º 15, 1963.

municación) y, por tanto, parecía menos creíble. Ahora bien, ¿qué ocurría cuando la saga nacionalista chocaba frontalmente con una evidencia que la desmentía? Entonces entraba en acción el mecanismo de «la lógica narrativa» ya descrito: al ser un esquema autorreferencial y cerrado, aquello que no se adaptaba a la «verdad narrativa» era automáticamente ignorado o clasificado como una mentira interesada. En palabras de Bernardo Atxaga:

De vez en cuando, el azar nos presentaba un caso que no encajaba en nuestra precaria ideología, pero nosotros no reparábamos en ello. Recuerdo por ejemplo que un campesino, hablando de una de las primeras víctimas de la guerra, un conocido carlista, dijo: *Banderan dena bilduta ekarri ziaten*, «lo trajeron totalmente envuelto en la bandera». Nosotros pensamos que se refería a la verde, roja y blanca.

Veíamos lo que necesitábamos ver, y no teníamos dudas²⁰.

En los años cincuenta y sesenta del siglo xx España experimentó un nuevo proceso de industrialización que trajo aparejado, además de sustanciales cambios estructurales, el traslado de un importante sector de la población rural a las ciudades, especialmente hacia los grandes núcleos fabriles (Madrid, Barcelona, etc.). Al igual que había sucedido a finales del siglo XIX, miles de inmigrantes provenientes del resto de España llegaron al País Vasco (y en menor medida a Navarra) en busca de trabajo. En tres décadas la población vasca prácticamente se duplicó. El resultado fue una Euskadi aún más *mestiza* de lo que ya era antes. A finales del siglo xx la sociedad vasca estaba mayoritariamente compuesta por inmigrantes, descendientes de inmigrantes o descendientes de autóctonos e inmigrantes²¹.

Paralelamente reapareció el rechazo xenófobo de un segmento de los autóctonos hacia los inmigrantes, ahora denominados despectivamente «cacereños» o «coreanos». Los prejuicios fueron llevados al paroxismo por los *abertzales* más extremistas, como algunos líderes de ETA, que no solo creyeron estar viendo una repetición de la «invasión *maketa*» sobre la que advertía Sabino Arana, sino que desarrollaron la teoría conspirativa de que la inmigración era en realidad una colonización «española» orquestada, no por la dictadura, sino por la nación enemiga. Consecuentemente, en expresión de José Luis Álvarez Enparantza (*Txillardegi*), los inmigrantes debían ser considerados como una «Quinta Columna». Visto desde tal prisma distorsionado, el movimiento de población actuó como refuerzo a la credibilidad de la narrativa nacionalista²².

²⁰ Atxaga (1997: 57-58). Vid. también Ardanza (2011: 40-41).

²¹ Aranda (1998) y García-Sanz Marcotegui y Mikelarena Peña (2002: 155).

²² Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 49-54) y Unzueta (1988: 168-169). La cita en un informe de *Txillardegi* al Comité Ejecutivo de ETA, 26-XI-1965, en Hordago (1979, vol. IV: 427).

La cultura en vascuence experimentó un notable crecimiento en la década de 1960. Se reimpulsó la actividad de *Euskaltzaindia*, que en 1968 logró fijar una lengua unificada (el euskera *batua*). Aparecieron nuevas revistas, editoriales y escritores, y, como símbolo del renacimiento literario, se creó la Feria de Durango en 1965. Ocurrió otro tanto en la música, con cantautores como Mikel Laboa, Benito Lertxundi o el colectivo *Ez Dok Amairu*. En 1954 se abrió la primera *ikastola*, una escuela en la que la lengua vehicular era el vascuence. En los años sesenta y setenta se multiplicaron por todo el País Vasco. Por supuesto, muchas de estas iniciativas hubieran sido imposibles sin el tímido aperturismo del régimen, pero la tolerancia gubernamental fue limitada e intermitente. En todo caso, el mundo de la cultura en euskera, que antes de la Guerra Civil había sido políticamente transversal, tenía ahora una impronta mayoritariamente *abertzale*. Es más, hubo un importante sector de intransigentes que percibió cualquier participación de los no nacionalistas (o no lo suficientemente nacionalistas) en el ámbito *euskaldun* como una amenaza a su pretendido monopolio, reaccionando contra ella con una inusitada dureza. Es lo que le ocurrió al poeta Gabriel Aresti, cuyo patriotismo poco ortodoxo fue juzgado casi como una traición por los *abertzales* más dogmáticos²³.

III. NO ES PAÍS PARA VIEJOS *JELTZALES*. *EKIN*, EL PNV Y LA PRIMERA ETA

Ekin y ETA fueron producto de la coincidencia histórica de cuatro elementos. Primero, la narrativa aranista, que fue interpretada en clave bélica como una sucesión de invasiones «españolas» y derrotas «vascas». En segundo término, como apunta Gurutz Jáuregui, un contexto que la hacía creíble y verosímil. Por una parte, parecían repetirse las circunstancias que rodearon la vida (y la obra) de Sabino Arana: una rápida industrialización, una masiva oleada de inmigrantes, los prejuicios xenófobos y el retroceso del euskera. Por otra parte, había una dictadura caracterizada por su centralismo, su ultranacionalismo español y su autoritarismo. En tercer lugar, el *abertzalismo* fue capaz de transmitirse a una nueva generación, que no había experimentado la guerra e hizo una lectura literal del relato aranista. Siguiendo la lógica interna de la saga y el impulso propio de la juventud, se adjudicó a sí misma el deber de continuar (o reactivar) la lucha de los heroicos *gudaris*. Cuarto, dicho empeño chocó con la apatía del PNV y con la alianza transversal que mantenía con las izquierdas en

²³ De Pablo (2010), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 306), Jáuregui (1985: 267-273) y Juaristi (1997a: 373 y 1999: 227-228).

el Gobierno vasco en el exilio, provocando serias desavenencias, que, al agravarse por la desconfianza, la falta de información y el choque generacional, llevaron finalmente a la ruptura²⁴.

En 1952 un reducido grupo de universitarios *abertzales* comenzó a publicar la revista *Ekin*, nombre por el que fue conocido. Al año siguiente, durante la reunión fundacional del nuevo colectivo los jóvenes sellaron su compromiso con la patria jurando solemnemente sobre un ejemplar del *Gudari* de los batallones nacionalistas de la Guerra Civil. Era todo un símbolo: los miembros de *Ekin*, en palabras de José Luis Álvarez Enparantza, se creían «gudaris y aquella organización [...] se veía como la continuación del Ejército Vasco». A pesar de su espíritu combativo (la palabra «*ekin*», hacer, condensaba tanto su programa como sus reproches a la inercia *jeltzale*), se dedicaron al estudio. A través de sus lecturas consiguieron redescubrir el nacionalismo vasco. Cuando los miembros de *Ekin* comenzaron a impartir cursillos de formación, entraron en contacto con EGI. En 1956, debido a la sintonía ideológica entre ambos grupos, *Ekin* se integró en EGI. Ahora bien, la suya fue una unión controvertida y efímera: las suspicacias mutuas, los intentos de la dirección del PNV por controlar a la militancia proveniente de *Ekin* y los problemas internos del partido deterioraron rápidamente las relaciones entre unos y otros, especialmente en Vizcaya. En 1958 los antiguos miembros de *Ekin* rompieron con el PNV. Tras una corta disputa por las siglas de EGI, decidieron cambiar de nombre²⁵.

Finalmente el grupo se denominó ETA, *Euskadi Ta Askatasuna*. Parece probado que nació a finales de 1958, pero no se dio a conocer públicamente hasta julio de 1959 con un manifiesto de contenido moderado, en el que los etarras se declaraban herederos de la trayectoria del Gobierno vasco. La nueva organización se definía como patriótica, apolítica, aconfesional, democrática y defensora del derecho de autodeterminación²⁶.

El contenido del texto fue rápidamente olvidado, ya que ETA había adoptado la versión más fundamentalista del nacionalismo. Cuando conoció en persona a los primeros etarras a Federico Krutwig le pareció que «representaban una tendencia más retrograda que la del PNV [...]. Volvían al aranismo más retrógrado». La organización continuaba, pues, la corriente más extremista que habían encarnado *Aberri* y los *jagi-jagis*²⁷.

²⁴ Álvarez Enparantza (1997: 178), Jáuregui (1985: 460), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 51-52), Fusi (2006: 66) y Montero (2008: 491-492).

²⁵ La cita en Álvarez Enparantza (1997: 177). Hordago (1979, vol. I: 13-23), De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz (2001: 231-236), Jáuregui (1985: 75-83) y Letamendia (1994, vol. I: 252-259).

²⁶ Hordago (1979, vol. I: 31-32). De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz (2001: 235) y De Pablo: «31 de julio de 1895 y 1959», en De Pablo *et alii* (2012: 818-822).

²⁷ De Pablo (2008: 382), Elorza (2001: 400), Granja (2002: 21), Jáuregui (1985: 143 y 2006: 179), Juaristi (1997a: 267) y Unzueta en Blas Guerrero (1997: 346). La cita de Krutwig en *Muga*, n.º 2, IX-1979.

Sin embargo, los años no habían pasado en balde. El contexto histórico empujó a los jóvenes etarras a adaptar y actualizar la doctrina aranista. Sus aristas más polémicas, las que se limaron, eran precisamente los puntales del pensamiento del fundador del PNV: el integrismo y el *antimaketismo*. Por un lado, ETA se declaró aconfesional, es decir, partidaria de la separación entre religión y política, una idea diametralmente opuesta al proyecto teocrático de Arana. La mayoría de los primeros dirigentes de la organización eran fervientes católicos que mantenían una fluida relación con el clero local (una fracción del cual apoyó su causa e incluso nutrió las filas de ETA). No obstante, pesaba demasiado la connivencia de la jerarquía eclesiástica con la dictadura franquista²⁸.

Por otro lado, mantener el *antimaketismo*, como explica Gurutz Jáuregui, resultaba demasiado problemático. En primer término, la existencia de una supuesta raza vasca pura era ya poco creíble. En segundo lugar, el genocidio de seis millones de judíos por el régimen nazi de Adolf Hitler había desprestigiado el racismo en Europa. Tercero, algunos de los más significados dirigentes etarras (José Luis Álvarez Enparantza, José María Benito del Valle o luego Federico Krutwig Sagredo) no cumplían el requisito aranista de los apellidos autóctonos y, por tanto, no habrían podido ser considerados vascos de raza. En cuarto y último lugar, a consecuencia de la masiva inmigración, un creciente porcentaje de la población vasca realmente existente tampoco habría cabido en la Euzkadi imaginada por Sabino Arana. Por todo ello, ETA abandonó oficialmente el criterio racial de exclusión, aunque el sentimiento de superioridad, el antiespañolismo y los prejuicios xenófobos se mantuvieron. Una buena muestra de esta ambigüedad fueron los *Principios* aprobados en su I Asamblea de mayo de 1962. En ellos se rechazaba expresamente el racismo para, a renglón seguido, amenazar con la segregación o expulsión de aquellos inmigrantes que se opusieran a ETA²⁹.

De cualquier manera, al renunciar al criterio racial de exclusión, ETA se enfrentaba a un dilema crucial. Todo movimiento nacionalista necesita establecer unos límites que definan qué seres humanos forman parte de *su* comunidad nacional y cuáles quedan fuera. Descartados la raza y los apellidos, ¿qué hacía vasco al vasco? ¿Cuál era la frontera entre el «nosotros» y el «ellos»? ¿En qué consistía exactamente Euskadi? En una etnia, concepto antropológico que se aplica a un colectivo que se diferencia del resto de la humanidad por su cultura y, sobre todo, por su idioma. La de aquella primera generación de etarras no era una respuesta original,

²⁸ Jáuregui (1985: 130-133) y *Txillardegi* en Ibarzabal (1978: 369).

²⁹ Jáuregui (1985: 133-135) y Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 52-54). «Principios», 1962, en Hordago (1979, vol. I: 532).

ya que tras la II Guerra Mundial otros nacionalismos minoritarios de Europa occidental habían dado exactamente la misma. Es más, incluso podían encontrarse precedentes en el nacionalismo vasco: el escritor y político Arturo Campión y el escolapio Justo María Mocoroa (*Ibar*), autor del libro *Genio y lengua* (1937). Ahora bien, estos últimos eran casos aislados. En realidad, hasta entonces nunca un partido u organización *abertzale* se había desecho del racismo apellidista de Arana para adoptar el vascuence como *limes* de la patria. Como se podía leer en el *Libro Blanco*, «el euskera es la quintaesencia de Euzkadi: mientras el euskera viva, vivirá Euzkadi». Este principio era la base del etnonacionalismo de base lingüística. Sus máximos promotores intelectuales, *Txillardegi* y Krutwig, compartían dos rasgos muy reveladores: Sabino Arana nunca los hubiera considerado miembros de la raza vasca y ambos fueron estudiosos del euskera. Álvarez Enparantza fue el adalid de una corriente interna de la organización caracterizada por el etnonacionalismo, el frentismo *abertzale* y el antimarxismo. Basándose en el estructuralismo lingüístico, *Txillardegi* consideraba que el idioma determinaba la cosmovisión del hablante, *ergo*, el euskera hacia al vasco. Federico Krutwig (*Fernando Sarraih de Ihartza*), que ingresó más tarde en ETA, influyó notablemente en su militancia a través de *Vasconia* (1963). En dicho libro criticaba con dureza al PNV y su obsesión con la pureza racial, que proponía sustituir por el idioma como «factor primordial de nuestra entidad nacional». En consecuencia, «el vasco es el “euskaldun”, y quien no habla el euskara es un “euskaldun-motz”, un vasco cortado, castrado». O un traidor a la patria. A pesar de sus coincidencias teóricas, Krutwig difería de *Txillardegi* en aspectos esenciales como el estratégico (el primero era partidario de una guerra revolucionaria, no así el segundo)³⁰.

El etnonacionalismo de base lingüística suponía una renovación parcial del pensamiento de Sabino Arana, ya que aquel criterio daba lugar a una postura ligeramente más abierta e integradora que el *antimaketismo*. Es cierto que un ser humano, si bien no puede cambiar de raza a su elección, sí es capaz de aprender un nuevo idioma. Ahora bien, eso no suponía en absoluto el fin de la discriminación, sino que esta se había transferido. En vez de excluir a los *maketos* directamente por sus apellidos, ahora se excluía a los castellanoparlantes, categoría a la que pertenecían una altísima proporción de los autóctonos... y la totalidad de los inmigrantes. Como indica Idoia Estornes Zubizarreta, lo que se ocultaba detrás del nacionalismo de base lingüística era el temor ante las consecuencias

³⁰ Elorza (2005a: 151-186), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 55-56), Jáuregui (1985: 151-168), Juaristi (1997a: 275-326), Krutwig (2006: 34 y 377) y Núñez Seixas (1998: 265-266). *El Libro Blanco*, en Hordago (1979, vol. I: 194).

sociológicas de la llegada de trabajadores de otras regiones de España³¹. Oficialmente ETA mantuvo este criterio lingüístico de exclusión, pero a finales de la década de 1960 fue relegándolo a un estatus secundario. El etnonacionalismo propiamente dicho quedó restringido a algunos grupúsculos políticos y a ciertos círculos culturales *euskaldunes*.

El PNV y ETA mantuvieron una difícil relación durante la dictadura. Los líderes de la organización acusaron al partido de ser un anacronismo ineficaz y más tarde lo tacharon de «burgués». En 1962 Manuel Irujo consideraba a ETA «un cáncer que, si no lo extirpamos, alcanzará todo nuestro cuerpo político» y en una nota manuscrita de la dirección provincial de Vizcaya se calificaba a los etarras de «‘falangistas’ de Euzkadi, tanto en la acción como en la ideología». Según Gurutz Jáuregui, a ETA y al PNV les separaban «la dialéctica entre posibilismos e intransigencia, la posición con respecto a la violencia, y la inclinación de ETA hacia el marxismo», que chocaba con el tradicional anticomunismo de los *jeltzales*. Hay que añadir que ambos eran grupos rivales que competían por la misma base sociológica. En ese sentido, el PNV no podía ver más que con preocupación cómo, según avanzaba la década de 1960, ETA atraía a un sector creciente de la juventud vasca y, sobre todo, cómo dicha organización absorbía a sucesivas escisiones de EGI: la facción de Iker Gallastegi (*Gatari*) y José Antonio Etxebarrieta Ortiz en 1963 y la EGI-Batasuna de Iñaki Mujika Arregi (*Ezkerra*) en 1972. Este trasvase fue posible porque, al fin y al cabo, a etarras y *jeltzales* les unía el mismo «sustrato ideológico», que, en palabras de Jáuregui, conformaba «un auténtico cordón umbilical imposible de cortar». Si bien el acercamiento oficial de los dirigentes de ETA al socialismo incomodó a los del PNV, no ocurría lo mismo con sus respectivas bases, que se sentían parte de una única comunidad. Los lazos de solidaridad se fortalecieron cuando la represión policial se cebó con ETA y su entorno. Simultáneamente la organización, y especialmente la facción de *Txillardegi*, como antaño habían hecho los *jagi-jagis*, intentó convencer al PNV de que abandonase la alianza transversal con el PSOE para formalizar un frente *abertzale*, a lo que los *jeltzales* se negaron en todo momento. ETA solo consiguió el apoyo de uno de los históricos dirigentes del PNV, Telesforo Monzón, quien, tras hacer borrón y cuenta nueva con su anterior etapa filomonárquica, se erigió en el más firme (y paternalista) valedor de la banda. Su apoyo se materializó en la asociación *Anai Artea* (Entre Hermanos), fundada en 1969 por Monzón y el sacerdote Piarres Larzabal para dar cobijo a los etarras refugiados en el País Vasco francés³².

³¹ Estornes Zubizarreta (2010b: 92-93) y Unzueta (1988: 62).

³² Bullain (2011: 239-249), De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz (2001: 265-278), Elorza (2001: 408), Jáuregui (1985: 289 y 1997: 75), S. Morán (2004) y Sánchez-Cuenca (2001: capítulo 6).

IV. ¿PATRIA O PROLETARIADO? LA EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA Y ESTRATÉGICA DE ETA

La actividad de ETA se tradujo principalmente en actos de propaganda, pero se atisbaba un deseo de ir más allá. Desde su nacimiento la organización contó con una rama de acción (luego frente militar), que en diciembre de 1959 colocó tres explosivos caseros y el 18 de julio de 1961 intentó hacer descarrilar un tren de veteranos requetés guipuzcoanos que, como cada año, acudían a San Sebastián a conmemorar la efeméride del «Alzamiento». Era todo un símbolo: los nuevos *gudaris* continuaban la guerra de sus padres atacando a los viejos combatientes franquistas que los habían derrotado. Todavía no era más que un primer ensayo de la vía armada, sobre la que se siguió discutiendo hasta la primera víctima mortal de la banda en 1968³³.

Los dirigentes de ETA decidieron libre y conscientemente apostar por la violencia, pero dicha elección estuvo influida, que no determinada, por el contexto autoritario, la narrativa nacionalista y la emulación de los modelos internacionales. Por un lado, la dictadura franquista reducía drásticamente el abanico de posibilidades de protesta, lo que confería al recurso al terrorismo un atractivo mayor que el que hubiera tenido en una democracia parlamentaria. Por otro lado, la lectura literal del relato *abertzale* llevó a los miembros de *Ekin* y ETA a creerse los nuevos *gudaris* de la secular contienda entre «invasores españoles» e «invadidos vascos» y, por consiguiente, a obrar en consecuencia. Así, en palabras de Antonio Elorza, la organización intentó «convertir la guerra imaginaria en guerra real, con el sucedáneo del terrorismo». Por último, hay que mencionar la aparición en el Tercer Mundo de los crecientemente exitosos movimientos anticoloniales, los cuales deslumbraron a cierto número de los nacionalismos minoritarios de Europa occidental. El ejemplo más temprano fue el *Irgum* que, impulsado por un relato (el sionista) muy similar al *abertzale*, y por medio de la violencia, había logrado la creación del Estado de Israel en 1948. A este se sumaron luego otros en el resto de Asia y África, como el Frente de Liberación Nacional de Argelia, el cual logró la independencia de la antigua colonia francesa en 1962³⁴.

³³ Hordago (1979, vol. I: 367-373). Como señala De Pablo (*El Correo*, 19-VI-2010), no está demostrado que ETA tuviera algo que ver con la bomba que el 27 de junio de 1960 acabó con la vida de la niña Begoña Urroz Ibarrola en la estación de tren de Amara (San Sebastián) y, en cambio, hay indicios que apuntan a la autoría del DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación), un efímero grupo hispanoluso antifranquista y antisalazarista.

³⁴ Alonso Zarza (2009), Aranzadi (2001: 516-518), Aulestia (1993: 27-38 y 1998b: 22), Fusi (2006: 70), Jáuregui (1985: 136-138 y 204-237), Juliá (2010: 171) y Núñez Seixas (1998: 267-269). La cita en Elorza (1995: 52).

Los etarras tomaron el camino de la «lucha armada» estimulados por un canon patriótico que les impulsaba al odio, el deseo de emular a los *gudaris* de la Guerra Civil, un contexto de oportunidad favorable, el de la dictadura franquista, y el influjo internacional de los movimientos anticoloniales. Ahora bien, hay que dejar meridianamente claro que no había nada escrito de antemano. En última instancia, por muy condicionada que estuviera por aquellos factores, fue la voluntad consciente de la dirección de la banda lo que dio comienzo a la violencia política en 1968. En las elocuentes palabras de Raúl López Romo, «todo podría haber sido diferente»³⁵.

A resultas de sus acciones, ETA sufrió las primeras caídas (detenciones) y exiliados, que pasaron al «otro lado» (el País Vasco francés), donde la militancia de la organización, gracias a la tolerancia del Gobierno galo, disfrutó durante décadas de un auténtico «santuario». Allí se celebró la I Asamblea en 1962, en la que se aprobaron los *Principios*, que no fueron modificados hasta 1964. ETA se definió como «un Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional, creado en la resistencia patriótica, e independiente de todo otro partido, organización u organismo». Su objetivo era la independencia de Euskadi, que debía conformar un Estado-nación monolingüe (en euskera), aconfesional y democrático, descartándose un «régimen dictatorial (sea fascista o comunista)». Sin embargo, a decir de Gurutz Jáuregui, la declaración nacía «muerta», ya que ese mismo año ETA comenzó su evolución ideológica³⁶.

La primera ETA, lejos de situarse en una posición de izquierdas, había heredado del PNV su rechazo al marxismo en general y al comunismo en particular. En palabras de Manuel Pagoaga (*Peixoto*), «éramos euskaldunes y eso ya bastaba [...]. Entonces más que ideología se trataba de intuición. Era algo así como un dolor de tripas. Lo tenías y ya está. No te preguntabas por qué, lo tienes y vale». Según Xabier Zumalde (*el Cabra*), «la ETA que nosotros fundamos creía en un ideal y en una patria. Nuestra doctrina era Euskadi, pasábamos del marxismo». Sin embargo, las grandes huelgas de mayo de 1962 impresionaron a la cúpula de la organización y modificaron su visión simplista del movimiento obrero. Sus dirigentes se plantearon la necesidad de ligar el nacionalismo con la lucha de los trabajadores. Si bien para buena parte de ellos el acercamiento estaba motivado por razones puramente instrumentales, otros empezaron a interesarse de manera sincera por las cuestiones laborales. Entre estos últimos, conocidos como la corriente obrerista de ETA, destacaba

³⁵ Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 340).

³⁶ Hordago (1979, vol. I: 522-525 y 532-533), Jáuregui (1985: 139-147 y 2006: 206-209), Letamendia (1994, vol. I: 259-261) y Sullivan (1988: 47-48).

Patxi Iturrioz (*Larrínaga*). Durante la II Asamblea, celebrada en marzo de 1963, se decidió participar en el movimiento obrero, por lo que ETA estuvo presente en la manifestación del 1 de mayo del año siguiente³⁷.

Precisamente en 1963 apareció *Vasconia*, que no solo apuntaló el etno-nacionalismo de base lingüística, sino que también tuvo una considerable influencia en ETA en otros aspectos. Por una parte, el libro atenuó la desconfianza de la organización hacia el marxismo. Por otra parte, siguiendo el modelo de Mao y de los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo, Krutwig aportó la novedosa imagen de Euskadi como una colonia sojuzgada por dos potencias imperialistas, España y Francia. Había que derrotarlas militarmente a través de una guerra de liberación nacional en la que el patriótico fin justificaba los medios, por muy crueles y sanguinarios que estos fuesen³⁸.

En la III Asamblea de ETA, celebrada en Bayona entre abril y mayo de 1964, se aprobó la ponencia «La insurrección en Euzkadi», de Julen Madariaga, inspirada en *Vasconia* y dedicada a la memoria de «los *gudaris* de todos los tiempos» y «en especial, los de la guerra 36-37, víctimas de la última y más incivilizada agresión extranjera perpetrada contra Euskal Herria». El texto proponía que el etarra se transformase en un «*gudari-militante*» para el cual «engaños, obligar y matar no son actos únicamente desplorables sino *necesarios*». Significativamente la teoría de Madariaga sobre la inspiración del nuevo combatiente encaja perfectamente con la categoría de religión política: «la mística que conducía en la Edad Media al soldado-cruzado a dar su vida por una *ideología* religiosa, se transforma en nuestros días, se seculariza por decirlo así, en una *mística de liberación nacional y social*». Estos eran los *gudaris* con los que ETA había de poner en marcha una guerra de guerrillas que desembocase, tras vencer a los ejércitos ocupantes, en una toma del poder. Como afirma Florencio Domínguez, el plan, al igual que el de Krutwig, era «voluntarista, cuando no delirante». Ciertamente, poco o nada tenía que ver el moderno, industrializado y próspero País Vasco con el Tercer Mundo. Además, como reconoció luego la propia ETA, si bien sus liberados contaban con algunas armas, no sabían utilizarlas y carecían de munición. Sin embargo, el texto de Madariaga había dado carta de naturaleza a una nueva corriente: la anticolonialista o tercermundista³⁹.

³⁷ Garmendia (1996: 96-122 y 344), Jáuregui (1985: 105-112 y 169-183, y 2006: 215-216) y Letamendia (1994, vol. I: 280). El testimonio de Peixoto en *Punto y Hora*, 7 al 14-X-1982, y el de Zumalde en *20 minutos*, 4-X-2007.

³⁸ Krutwig (2006).

³⁹ «Notas a la III Asamblea» y «La insurrección en Euzkadi», en Hordago (1979, vol. III: 123-124 y 21-70). La cita en Domínguez Iribarren (2006b: 333). Jáuregui (1985: 225-237), Letamendia (1994, vol. I: 286-298) y Sullivan (1988: 55-58).

Poco después los fundadores de ETA fueron expulsados del País Vasco francés, por lo cual perdieron el control de la organización, que pasó a manos de José Luis Zalbide, referente de la línea tercero-mundista, y Patxi Iturrioz, cabeza de la facción obrerista. Su impronta quedó patente en la IV Asamblea (1965), en la que se dispuso una restructuración del aparato en secciones (militar, activista, de información y política), así como un trascendental cambio estratégico e ideológico. Tras asumir que el proyecto guerrillero de Madariaga era inviable, se aprobó la ponencia «Bases teóricas de la guerra revolucionaria» de Zalbide. El documento reconocía las limitaciones de ETA (el frente militar solo contaba con seis armas) y optaba por el modelo de la «guerra revolucionaria» basada en la espiral de acción-reacción-acción:

- I. ETA, o las masas dirigidas por ETA, realizan una acción provocadora contra el sistema.
- II. El aparato de represión del Estado golpea a las masas.
- III. Ante la represión, las masas reaccionan de dos formas opuestas y complementarias: con pánico y con rebeldía. Es el momento adecuado para que ETA dé un contragolpe que disminuirá lo primero y aumentará lo segundo⁴⁰.

En síntesis, cuanto peor, mejor: se trataba de provocar a la dictadura. ETA, con sus atentados, debía incitar unas represalias policiales desproporcionadas que sufriese, no su militancia, sino la nación vasca en general, con la finalidad de que esta se uniese a su «guerra revolucionaria». Ciertamente, había dos condiciones indispensables para lograrlo: que la estructura organizativa de ETA aguantase la respuesta policial y que la población se uniese a la causa independentista. Se nombró responsable del frente militar a Xabier Zumalde, que se dedicó a entrenar a algunos jóvenes en el monte, pero, por el momento, no se pasó de ahí.

En la IV Asamblea los *Principios* de 1962 fueron modificados y se aprobó la ponencia «Carta a los intelectuales». Se consagraba un nuevo objetivo político para ETA: construir una sociedad socialista. Se abría así la etapa, en expresión de José María Garmendia, de la «moneda de las dos caras», es decir, «el intento de compaginar liberación nacional y liberación social», independencia y socialismo. En la organización se había abierto una puerta a la influencia de las múltiples corrientes del marxismo⁴¹. Como resultado, la tendencia obrerista de Patxi Iturrioz, a la

⁴⁰ «Bases teóricas de la guerra revolucionaria», en Hordago (1979, vol. III: 515). Garmendia (2006: 118-123), Jáuregui (1985: 245-247), Letamendia (1994, vol. I: 298-302) y Sullivan (1988: 58).

⁴¹ Garmendia (1996: 220-234 y 2006: 117-118). La primera «Carta a los intelectuales» había aparecido en *Zutik*, n.º 25, IX-1964, pero la versión ampliada y corregida que fue aprobada en la

que se unió el grupo de universitarios donostiarras de Eugenio del Río, profundizó en las teorías socialistas en busca del acomodo entre «liberación nacional» y «liberación social». Lejos de lograrlo, concluyeron que el *abertzalismo* era incompatible con el leninismo, ya que el relato de la lucha de clases estaba formado por una serie de elementos demasiado diferentes a los de la saga aranista: un sujeto histórico (el proletariado), un enemigo (la burguesía), una prescripción (la revolución), un instrumento (el partido de vanguardia) y un futuro utópico (la sociedad sin clases). Por no hablar, claro está, de otras tesis socialistas como la del internacionalismo. Tal y como le había ocurrido a Tomás Meabe en 1902, el estudio del marxismo trajo consigo la pérdida de la fe *abertzale*⁴².

Tras un atraco frustrado, José Luis Zalbide fue detenido y otros dirigentes etarras, como José María Escubi (*Bruno*), tuvieron que huir fuera de España. Roto el equilibrio interno entre las tendencias etnonacionalista, terciermundista y obrerista, Patxi Iturrioz quedó como responsable de la Oficina Política, la encargada de editar el boletín *Zutik* (En Pie) y, por tanto, como el principal líder de ETA. Desde esa posición intentó forzar una evolución de la organización hacia el marxismo. La moneda caía sobre una de sus caras. En lo ideológico la corriente de Iturrioz pretendía reemplazar el «nacionalismo burgués» por un «patriotismo obrero» que defendiese los intereses de los trabajadores. También rechazaba el etnonacionalismo de base lingüística, el antiespañolismo y el supuesto conflicto secular entre vascos y españoles de la narrativa *abertzale*. Los obreristas, además, denunciaron los prejuicios xenófobos de algunos de sus compañeros y propusieron abrir la organización a los inmigrantes. En lo estratégico, Iturrioz propugnaba la subordinación de la sección militar a la dirección política, la formación de un frente de clase y dar el protagonismo a las CCOO (Comisiones Obreras), en las que ETA debía concentrar sus fuerzas. El giro a la izquierda encolerizó a los sectores más *abertzales*. Por una parte, Zumalde se declaró en rebeldía en 1966. Soñando con transformar el aparato militar en una guerrilla rural,

IV Asamblea se publicó en *Zutik*, n.º 30, VI-1965. Vid. también «Notas a la IV Asamblea», en Hordago (1979, vol. III: 513).

⁴² Iturrioz (s. f.), Letamendia (1994, vol. I: 303-305) y Sullivan (1988: 58-65). El joven Tomás Meabe, hijo de uno de los primeros concejales *jeltzales* de Bilbao, llamó la atención de Sabino Arana por su inteligencia. En consecuencia, le encargó que estudiara las publicaciones socialistas para poder rebatir mejor sus argumentos. El inesperado resultado de esas lecturas fue una crisis personal que llevó a Meabe a perder la fe en Dios y en la causa *abertzale*. En 1902 abandonó el PNV e ingresó en el PSOE. En 1903 se había convertido en el director del semanario socialista *La lucha de clases*, al que imprimió su particular sello de anticlericalismo, antinacionalismo (vasco y español) y antimilitarismo. Tomás Meabe, uno de los fundadores de las Juventudes Socialistas de Bilbao y de España, acabó siendo uno de los más destacados dirigentes del PSOE en su época. Vid. González de Durana (2011).

«tomó» durante unas horas el pueblo de Garay y finalmente su grupo, denominado *Los Cabras*, se escindió de la organización etarra. Fruto de una concepción de la política muy cercana al pretorianismo, se trataba de la primera deriva autónoma del frente militar de ETA. Por añadidura, las corrientes terceromundista y etnonacionalista, bajo la batuta de *Txillardegi*, orquestaron una campaña de difamación contra Iturrioz y sus partidarios, que fueron acusados de ser «liquidacionistas», «comunistas», «ateos en lo religioso», «pacifistas», «españolistas», «apátridas» e infiltrados del FLP (Frente de Liberación Popular)⁴³.

En diciembre de 1966 se celebró la primera parte de la V Asamblea de ETA, en la que tuvieron un papel destacado los hermanos José Antonio y Javier (*Pepe* o *Txabi*) Etxebarrieta Ortiz y a la que no se permitió asistir a Iturrioz ni a Del Río. El resultado de la reunión fue la expulsión de la facción obrerista, cuyos dirigentes fueron «condenados» a muerte por la nueva cúpula etarra. Si bien la «sentencia» no llegó a «ejecutarse», la operación de acoso y persecución contra los escindidos fue muy real. Se trató, en expresión de José María Garmendia, de «la primera cruzada contra el españolismo», en la que participaron la organización etarra, ELA-MSE, *Eusko Langileen Alkartasuna*-Movimiento Socialista de Euskadi, y sectores del PNV, todos ellos unidos por el objetivo común de arrinconar a cualquier fuerza vasca no nacionalista que pareciese con posibilidades de recoger el testigo del PSOE⁴⁴.

En enero de 1967 Patxi Iturrioz y Eugenio del Río fundaron el partido ETA *berri* (ETA nueva), de ideología marxista-leninista y no nacionalista, por lo que la otra rama, la *abertzale*, fue conocida como ETA *zarra* (ETA vieja). En 1969, tras perder la batalla por las siglas, ETA *berri* se convirtió en el Movimiento Comunista Vasco (*Komunistak*). Posteriormente se unió a otros grupos similares, la mayoría en la órbita del maoísmo, para crear el MCE (Movimiento Comunista de España), luego MC a secas, una formación de extrema izquierda relativamente influyente en el País Vasco y Navarra⁴⁵.

En la segunda parte de la V Asamblea (marzo de 1967) se ratificó la estrategia de acción-reacción, se estructuró a la organización en cuatro frentes (político, económico, militar y cultural) y se creó el BT, *Biltzar Ttipia o Txikia* (Pequeña Asamblea), con una función similar al comité central de

⁴³ Laiz (1995: 40-50), Garmendia (1996: 259-310), Jáuregui (1985: 293-358), Letamendia (1994, vol. I: 305-310), Sullivan (1988: 64-65) y Unzueta (1988: 104-185).

⁴⁴ Un resumen del acta de la asamblea en Hordago (1979, vol. V: 174-176). Estornes Zubizretta (2010a), Garmendia (2006: 124-135), Uriarte (2005: 67) y Josep Fagoaga (*Hika*, n.º 147, IV-2003).

⁴⁵ Sobre el MCE vid. Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 294-328), Laiz (1995) y Roca (1994).

los partidos comunistas. La reunión confirmó la supremacía de la tendencia terceromundista, muy influida por Krutwig, y encabezada por una nueva generación de dirigentes como los hermanos Etxebarrieta, José María Escubi y José Luis Unzueta (*Patxo*). ETA, autodenominada ahora «Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional», adoptó oficialmente el nacionalismo revolucionario, que el propio Unzueta ha definido como «una combinación entre radicalismo aranista y una especie de populismo marxista *sui generis*». Dicha síntesis alumbró el concepto de «Pueblo Trabajador Vasco», el nuevo sujeto histórico de la narrativa etarra: el «proletariado vasco con conciencia nacional de clase», que padecía una doble opresión (como clase obrera explotada por la burguesía y como nación ocupada por España), y debía ser liberado por medio de la «lucha armada»⁴⁶.

El nacionalismo revolucionario remediaba virtualmente el problema de la moneda de dos caras, pero lo hacía únicamente sobre el papel. A pesar de que entroncaba con las teorías que en aquel momento estaban en boga entre movimientos ideológicamente cercanos a ETA en Europa occidental (el maoísmo, el colonialismo interno, etc.), la narrativa patriótica y la de la lucha de clases propia del socialismo eran difícilmente compatibles. No se pretende negar aquí que en la «izquierda abertzale» hubiera una mezcla variable de ambos elementos y tampoco se discute la posibilidad de que exista un nacionalismo de izquierdas, pero sí es necesario dudar de la viabilidad de un relato en el que la patria y el proletariado fuesen coprotagonistas en un plano de igualdad. Siguiendo a José Forné, la única manera en que dos ideologías son capaces de coexistir es que una de ellas se subordine a la otra. Así pues, el del ultranacionalismo-marxismo era, como poco, un equilibrio inestable: tarde o temprano uno de los factores del binomio iba a prevalecer sobre el otro. Efectivamente, algunos de los adalides del nacionalismo revolucionario no tardaron en concluir que tal cosa era una quimera. En realidad, el único medio de impedir que la moneda cayese de lado era hacerla rodar, o sea, el activismo armado. Así lo hacía ver en 1968 José María Escubi: «la unidad ideológica vino dada por la práctica»⁴⁷.

Aunque la V Asamblea confirmaba el criterio lingüístico de exclusión étnica, este, incompatible con el nuevo nacionalismo revolucionario, fue sustituido *de facto* por el factor político de discriminación. La ideología y la identidad se convirtieron en la frontera nacional entre el «nosotros» y el «ellos»: vasco era el *abertzale* y «español» el no *abertzale*. Para ser admitidos en el «Pueblo Trabajador Vasco», los inmigrantes llegados a

⁴⁶ Garmendia (1996: 311-316), Jáuregui (1985: 411-459), Letamendia (1994, vol. I: 310-312), Sullivan (1988: 69-71) y Unzueta (1988: 103). Sobre la asamblea vid. Hordago (1979, vol. VII: 74-99). La definición de «Pueblo Trabajador Vasco» en *Zutik*, n.º 44, I-1967.

⁴⁷ Elorza (2001: 407), Forné (1995: 42) y Reinares (1990: 364). *Teo Uriarte* (entrevista). La cita de Escubi en «Rapport M», 1968, en Hordago (1979, vol. VIII: 55).

Euskadi debían declararse nacionalistas. Ya fuera fruto del acercamiento al marxismo de los nuevos dirigentes de ETA, de haber asumido que ningún movimiento nacionalista podía triunfar sin o contra los miles de inmigrantes ya asentados o de un cálculo interesado, lo cierto es que, a la larga, este programa de asimilación se demostró muy eficaz⁴⁸.

Descontenta con el nuevo rumbo, la tendencia de *Txillardegi* abandonó ETA en abril de 1967. Sus miembros buscaron refugio en la revista *Branka* (1966-1971), que se convirtió en un *lobby* a favor del frente *abertzale* y la pureza ideológica del nacionalismo más radical⁴⁹.

V. EL ARTE DE LA GUERRA. LA ESPIRAL DE ACCIÓN-REACCIÓN-ACCIÓN

ETA se propuso poner en marcha la estrategia de acción-reacción. En 1967 sus activistas llevaron a cabo algunos atracos y más de cien ataques contra símbolos franquistas; a principios de 1968 colocaron numerosas bombas. El 2 de junio de ese año el *Biltzar Ttipia* de ETA tomó una decisión trascendental: asesinar a los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y San Sebastián. Este último era el comisario Melitón Manzanas, contra el que debía atentar *Txabi Etxebarrieta*. No lo pudo hacer. El 7 de junio el automóvil robado en el que iban *Txabi* y su compañero Iñaki Sarasketa fue detenido en un control rutinario de tráfico por el guardia civil José Antonio Pardines. El agente comprobó que los números de la documentación y del bastidor del coche no coincidían. Sarasketa sugirió desarmarlo, ya que se encontraba solo. No obstante, Etxebarrieta, probablemente alterado por la toma de centraminas, disparó a Pardines por la espalda. Una vez en el suelo, lo remató de cuatro tiros en el pecho. En la huida posterior, *Txabi* y Sarasketa fueron interceptados en Benta Haundi (Tolosa) por agentes de la Benemérita. Se inició un tiroteo en el que murió Javier Etxebarrieta. Iñaki Sarasketa fue detenido poco después. Juzgado y condenado a muerte, se le conmutó la pena máxima y permaneció en prisión hasta 1977⁵⁰.

Gracias a un testigo presencial, la prensa del Movimiento hizo una descripción del asesinato de Pardines que no se alejaba demasiado de la realidad. Que el primer acto de la «lucha armada» fuera un asesinato por la espalda suponía deslegitimar la causa de ETA. Con el fin de evitar tal

⁴⁸ Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 57-65) y Unzueta (1988: 169).

⁴⁹ Jáuregui (1985: 305-310 y 359-410).

⁵⁰ Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 26-28), Garmendia (1996: 355-375), Letamendia (1994, vol. I: 324-328), Sullivan (1988: 73-109) y Uriarte (2005: 89-99). El testimonio de Sarasketa en *Egin*, 7-VI-1978, y Lourdes Garzón (*La Revista de El Mundo*, 7-VI-1998).

desprestigio, la organización difundió su particular versión de los acontecimientos en la que *Txabi*, en vez de como el asesino, aparecía como la víctima sacrificada por la Guardia Civil. De esta manera, Etxebarrieta fue representado como un héroe que había inmolado su vida por la patria. Se trataba, así se anunció, del «Primer Mártir de la Revolución». Por el contrario, Pardines fue borrado de la historia o se le reservó el papel de agresor. Los etarras habían empleado una técnica de propaganda conocida como «transferencia de culpabilidad»⁵¹.

El relato del Gobierno y el de ETA, totalmente incompatibles, pugnaron por el espacio público, pero acabó imponiéndose el discurso de la organización por cuatro razones. Por la desconfianza de la población hacia los medios de comunicación oficiales. Por la cobertura propagandística de ciertos sectores del clero, cada vez más identificados con ETA. Por la «lógica narrativa» del relato *abertzale*: Una vez más, los detalles que no encajaban con la «verdad narrativa» (el asesinato de Pardines) eran ignorados mecánicamente por los nacionalistas, mientras que la muerte trágica de *Txabi* a manos de la Guardia Civil se reinterpretaba como un nuevo episodio del «conflicto». En cuarto lugar, las últimas dudas sobre la culpabilidad última de la violencia se disiparon en cuanto la dictadura reaccionó con una dureza inusitada⁵².

El 2 de agosto de 1968 un comando de ETA asesinó al comisario Melitón Manzanas en su casa de Irún. Considerado un experto torturador, su muerte fue muy bien recibida por los grupos antifranquistas. Por ejemplo, *Mundo Obrero*, el boletín del PCE (Partido Comunista de España), calificó el crimen como «un acto justiciero». Como una bola de nieve rodando por la pendiente, a partir de ese momento la espiral de acción-reacción-acción creció tan deprisa que ya no hubo forma de pararla. Tal y como habían previsto las «Bases teóricas de la guerra revolucionaria» de Zalbide, la dictadura respondió a la provocación con una represión brutal. El Gobierno promulgó un Decreto-ley sobre represión del bandidaje y el terrorismo y declaró un estado de excepción en Guipúzcoa, que, tras el estallido de conflictos en diversas universidades, amplió a toda España. Durante los siguientes años el número de personas detenidas en Euskadi, muchas de las cuales no tenían nada que ver con ETA, se multiplicó: 434 en 1968, 1.953 en 1969, y 831 en 1970. Además, la policía, poco cualificada profesionalmente, acostumbrada a la impunidad y con mandos de procedencia militar, cometía numerosos excesos, como malos tratos y torturas, que le granjea-

⁵¹ *Diario Vasco*, *ABC* y *Unidad*, 8-VI-1968. Parte de la campaña propagandística de ETA en Irautza, 1968, Zutik, n.º 59, VII-1968, y Hordago (1979, vol. VII: 484-488). La «transferencia de culpabilidad» en Tugwell (1985: 74).

⁵² Ibarzábal (1998: 83-85), Juaristi (1999: 105-132) y Casquete (2009: 285-295) y «Txabi Etxebarrieta» en De Pablo *et alii* (2012: 270-281).

ron la animadversión popular y deslegitimaron aún más a la dictadura⁵³. Gracias al apoyo del resto de la oposición, que de manera equivocada consideraba a ETA un grupo antifranquista (cuando lo era accidentalmente), se inició una oleada de movilizaciones contra la represión y en solidaridad con los etarras. Fue una oportunidad magnífica para la organización ultranacionalista, que consiguió no solo ligar sus siglas a las movilizaciones colectivas, sino aparecer a la vez como víctima del franquismo y vengadora justiciera de la oprimida nación vasca⁵⁴.

De nuevo, la dictadura franquista había vigorizado la narrativa *abertzale*, que se volvía más verosímil para las nuevas generaciones. Pero esta vez se dio un fenómeno inédito: la terrible reacción policial desatada en 1968 se hizo retrospectiva. Retrocedió en el tiempo. En la memoria de numerosos vascos, especialmente los nacionalistas, el presente se fundió con el pasado. Por un lado, se tendió a olvidar la historia reciente, es decir, que desde 1963 a 1967 la dictadura había atravesado una etapa de moderado aperturismo y relativa permisividad. Por otro lado, se consolidó la tesis de que Euskadi había sido desde el comienzo la única y exclusiva víctima de la Guerra Civil y de la represión de posguerra. Asimismo, al igual que hacían en 1968, todos los vascos se habían resistido al régimen *siempre*. En definitiva, la «verdad histórica» quedó oculta por una nueva capa de «verdad narrativa»⁵⁵.

A raíz del asesinato de Pardines, los diarios *Hierro* (Bilbao) y *La Voz de España* (San Sebastián), pertenecientes al Movimiento, publicaron una serie de reportajes en los que se daba una imagen fantosa de ETA. Se la pintaba como una organización poderosa compuesta por profesionales de la revolución. El resto de los medios de comunicación siguió este modelo sensacionalista. A decir de Eduardo Uriarte (*Teo*), su objetivo era construir un enemigo lo suficientemente peligroso como para despertar la alarma social, justificar la supervivencia de la dictadura y, de paso, consolidar las posiciones políticas del ala más reaccionaria del franquismo. Pero la campaña de prensa derivó en «una plataforma propagandística» para ETA: bastantes vascos no vieron en ella una amenaza, sino un héroe colectivo que desafía al régimen opresor⁵⁶.

En 1968 José María Escubi había adelantado un balance provisional de los resultados de la espiral. «El saldo parece favorable a nosotros y las estructuras no parecen que pudieran aguantar nuevos golpes que serían de una intensidad difícilmente soportable. La política más acertada parece ser

⁵³ Las cifras en Castells (1984: 104), Jáuregui (2006: 250), Llera (1992: 173) y Vilar (1984: 410).

⁵⁴ Jáuregui (2006: 226). *Mundo Obrero*, n.º 16, IX-1968.

⁵⁵ Aranzadi (2001: 517-518).

⁵⁶ Uriarte (1997 y 1998).

interrumpir la escalada de acciones y recoger sus frutos». No obstante, a ETA le pudo la inercia y el triunfalismo y no suspendió su campaña: en la Semana Santa de 1969, justo después de que el Gobierno levantara el estado de excepción, colocó catorce bombas. En abril la actuación policial consiguió desarticular a la cúpula de la organización, cuyos integrantes fueron juzgados al año siguiente en Burgos. Se produjo una cascada de caídas y huidas. Descabezada y desorientada, ETA entraba en una profunda crisis⁵⁷.

1970 fue un año crítico para ETA, ya que sus contradicciones internas salieron a la luz. Obligada bruscamente a dejar de rodar, la moneda se tambaleaba. Surgieron cuatro tendencias enfrentadas tanto por cuestiones de «personalismo» como por una disyuntiva de fondo: ETA debía decidir si seguía siendo un movimiento de liberación nacional en «lucha armada» contra España y Francia o se transformaba en un partido leninista que ejerciese de vanguardia de la revolución del proletariado. Esta última opción era la de la dirección provisional de *Patxo Unzueta, Jon Fano (Pelopincho)* y *José Vicente Idoyaga (Pecho Toro)*. También la de las Células Rojas, un grupo de estudio formado por exiliados (como *José María Escubi, Mikel Azurmendi y Jon Larrínaga*) que mantenía una posición marxista-leninista y rechazaba la «guerra revolucionaria». A pesar de la sintonía ideológica entre las Células y la Ejecutiva, había fuertes recelos personales entre sus miembros. Por otro lado, los defensores de las tesis anticolonialistas se agrupaban en torno a *Krutowig y Madariaga*, el único fundador de ETA que permanecía en la organización. Por último, capitaneado por *Juan José Etxabe (Haundixe)* y cohesionado por su nacionalismo intransigente y su defensa del terrorismo, el frente militar había entrado en una nueva deriva autónoma. Las corrientes de Krutowig y Etxabe, unidas por el *abertzalismo* radical, contaban con valiosos aliados externos: el grupo *Branka de Txillardegi* y la asociación *Anai Artea* de Monzón y Larzabal⁵⁸.

La dirección provisional de ETA consiguió que se aprobaran sus tesis en la VI Asamblea (agosto de 1970), aunque las consecuencias fueron desastrosas. No hubo delegados de la sección militar, que se había autoexcluido. La corriente anticolonialista había enviado como «antena» a *Madariaga*, que, tras ser acusado de «complot y trabajo fraccional», fue expulsado de la reunión. Por último, los representantes de las Células Rojas anunciaron que abandonaban la organización. ETA se había roto. El grueso de la militancia, que permaneció fiel a la Ejecutiva, fue conocido como ETA VI. Repitiendo la trayectoria de ETA *berri*, al profundizar en las teorías marxistas, este colectivo fue abandonando el nacionalismo

⁵⁷ «Rapport M», 1968, en Hordago (1979, vol. VIII: 61). Casanellas (2011: 93-100), Garmendia (1996: 368-375 y 2006: 145), Onaindia (2001: 390-426) y Uriarte (2005: 94-103).

⁵⁸ Domínguez Iribarren (2000: 336), Garmendia (1996: 377-422 y 2006: 150-156), Jáuregui (2006: 251-255), Letamendia (1994, vol. I: 341-346) y Sullivan (1988: 90-105).

y la «lucha armada». La facción anticolonialista y el grupo de Etxabe, denunciando el «liquidacionismo españolista» de la «fracción marxista-leninista española», no reconocieron la «legalidad» de la VI Asamblea. Así pues, se produjo una nueva escisión que conformó ETA V, la cual se definió sintomáticamente como «Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional»: el adjetivo «socialista» había desaparecido. Al igual que habían hecho contra ETA *berri* unos años antes, ETA V, *Branka*, *Anai Artea*, ELA-MSE, EGI y sectores del PNV reditaron, en expresión de José María Garmendia, la «Santa Alianza» *abertzale* contra la «españolista» ETA VI⁵⁹.

A pesar de partir con ventaja numérica y del apoyo inicial de los procesados en el juicio de Burgos, la rama VI sufrió derrota tras derrota en la disputa por la herencia y las siglas de ETA. Primero, su intento de sacar de la cárcel a los prisioneros por medio de un túnel se saldó con un absoluto fracaso. En segundo término, ETA V secuestró a Eugen Beihl, cónsul de la República Federal Alemana en San Sebastián, lo que permitió a Monzón, que actuaba como portavoz de la organización ante la prensa, lograr un gran triunfo propagandístico a nivel internacional. En tercer lugar, los presos de Cáceres (Mario Onaindia, *Teo Uriarte* y José Luis Zalbide) cambiaron de postura posicionándose a favor de ETA V. En cuarto lugar, la policía franquista detuvo a la cúpula de ETA VI en marzo de 1971. Quinto y último, la incoherencia ideológica y las desavenencias internas hicieron que en julio de 1972 los *sextos* se dividieran entre *mayos* (mayoritarios) y *minos* (minoritarios). En el verano de 1973 los *mayos* convergieron con la trotskista LCR (Liga Comunista Revolucionaria). A comienzos de 1974 buena parte de los *minos*, como Roberto Lertxundi y José María Garmendia, se unieron al EPK, *Euskadiko Partidu Komunista* (Partido Comunista de Euskadi), donde también acabó integrándose un sector de las Células Rojas (entre ellos, Jon Larrínaga). Otros miembros de ETA VI optaron ora por pasarse a ETA V —José Miguel Beñaran (*Argala*) o Juan Miguel Goiburu (*Goiherri*)—, ora por abandonar la militancia activa, como Jon Juaristi o Francisco Letamendia (*Ortzi*)⁶⁰.

En opinión de Gurutz Jáuregui, la debilitada ETA estaba pasando «por el peor momento de su historia». No obstante, la misma dictadura que la había puesto contra las cuerdas fue la que involuntariamente salvó a la organización. El 3 de diciembre de 1970 dio comienzo en Burgos el

⁵⁹ Garmendia (1996: 422-462 y 2006: 152-160, la cita en 158), Letamendia (1994, vol. I: 346-349 y 358-361) y Sullivan (1988: 105-109). El «Manifiesto», en Hordago (1979, vol. IX: 451-452).

⁶⁰ Etxaniz (2005), Garmendia (1996: 462-492 y 2006: 158-166), Ibáñez y Pérez Pérez (2005: 324-329), Jáuregui (2006: 254-255), Juaristi (2006: 224-225 y 237-239), Letamendia (1994, vol. I: 361-365), Sullivan (1988: 135-155 y 162-163) y Zulaika (1990: 84-85).

juicio sumarísimo contra dieciséis etarras, acusados principalmente del asesinato del comisario Manzanas, para los que se solicitó un total de seis penas de muerte y 752 años de cárcel: Mario Onaindia, *Teo Uriarte*, Gregorio López Irasuegui (*Goyo*), Josu Abrisketa Korta (*Txutxo*), Xabier Izko de la Iglesia, Xabier Larena, Jone y Unai Dorronsoro, Itziar Aizpurua, Jokin Gorostidi, etc. Sus defensores eran abogados tan célebres como el comunista Josep Solé Barberá, el socialista Gregorio Peces-Barba, José Antonio Etxebarrieta, Juan Mari Bandrés, Miguel Castells y Francisco Letamendia. A su vez estaban asistidos por un par de jóvenes prometedores: José María Benegas (*Txiki*), recién licenciado en Derecho, y el estudiante universitario Eduardo Moreno Bergaretxe (*Pertur*), que hizo «como de secretario» de Bandrés⁶¹.

El propósito de la dictadura era hacer del sumarísimo 31/69 un juicio ejemplarizante, por lo que se permitió la entrada de la prensa tanto nacional como internacional. Aprovechando la ocasión, y gracias a una planeada escenificación de sus declaraciones ante el tribunal militar, los acusados y sus abogados hicieron el papel de acusadores. Sus alegatos consiguieron dañar moral y políticamente al régimen. La intervención más impactante fue la de Mario Onaindia, el último en hablar. Tras declararse «marxista-leninista» e «internacionalista», se enfrentó directamente a los miembros del Tribunal al grito de «*Gora Euskadi Askatuta!*» (¡Viva Euskadi Libre!). Luego todos los etarras, con el puño en alto, comenzaron a cantar el *Eusko Gudariak*, el himno de los *gudaris* de la Guerra Civil, con lo que alegóricamente se declaraban sus sucesores y continuadores. Eso sí, los procesados repitieron una y otra vez la primera estrofa, ya que, fruto de su inicial sintonía ideológica con ETA VI, el resto del himno les parecía excesivamente chovinista. De cualquier manera, aquella escena se convirtió en el símbolo por excelencia de toda una nueva generación de nacionalistas radicales⁶².

Las sentencias fueron más duras de lo que había solicitado el fiscal militar: hubo seis condenados a muerte, a tres de los cuales se les impuso doble pena capital. Las fuerzas antifranquistas orquestaron una formidable campaña de movilizaciones para salvarles la vida. Los paros, las huelgas y las manifestaciones se sucedieron no solo en Euskadi y en el resto de España, donde se declaró otro estado de excepción, sino en toda

⁶¹ Casanellas (2011: 112-138), Casquete: «Proceso de Burgos», en De Pablo *et alii* (2012: 636-647), Castro (1998: 134-135), Garmendia (2006: 148-149 y 156-161), Iglesias (2009: 204), Letamendia (1994, vol. I: 349-358), Molina (2012: 87-89), Molinero e Ysàs (2008: 142-159), Rodríguez Jiménez (1994: 135-147), Sabio (2011: 123-128) y Sullivan (1988: 111-134).

⁶² Lurra (1978), Onaindia (2001: 427-493) y Uriarte (2005: 115-135). Según *Teo Uriarte* (entrevista), también resonó en la sala un «*Gora Spainako langileria!*» (¡Viva la clase trabajadora de España!).

Europa occidental. Las autoridades se vieron desbordadas. El Gobierno Civil de Guipúzcoa admitió que «desde la Guerra de Liberación, no se había creado una situación tan difícil y preocupante»⁶³.

Franco, en lo que creía una demostración de fuerza, conmutó las condenas a muerte. Era demasiado tarde: las secuelas del proceso de Burgos iban a condicionar los años venideros. La dictadura empezó a perder a marchas forzadas el poco crédito que le quedaba. La campaña de solidaridad con los condenados extendió el axioma de «contra Franco luego a favor de ETA». Además, durante los años siguientes las fuerzas de oposición, y especialmente la izquierda, fue adoptando un discurso *filoabertzale*, propiciado tanto por la popularidad de la organización como por la instrumentalización del nacionalismo español por parte del régimen, que había acabado identificando autoritarismo, centralismo y la propia palabra «España». La comunidad *abertzale* se vio igualmente subyugada por el mito de ETA. A decir de Eugenio Ibarzábal, «en ese momento, ellos se apoderaron de nosotros, o [...] nos dejamos apoderar por ellos. La seducción fue total». A ojos de un importante sector de la juventud vasca, los condenados en el proceso de Burgos, y especialmente Mario Onaindia, habían alcanzado el estatus de héroes. En palabras de Garmendia, pasaron a ser «un capital político clave», por lo que no es de extrañar que su apoyo a ETA V diera la puntilla final a ETA VI o que, cuando salieron de la cárcel en 1977, algunos de ellos ocupasen automáticamente el liderazgo de la «izquierda *abertzale*». También se convirtieron en modelos a imitar para las nuevas generaciones: a partir del juicio hubo un notable incremento de los efectivos de ETA V. Gracias a la hábil utilización de los medios de comunicación por parte de la banda, a la admiración de los corresponsales extranjeros y al soporte de intelectuales como Jean-Paul Sartre, la narrativa del «conflicto vasco» y la imagen romántica de ETA se proyectaron a escala internacional⁶⁴.

VI. CRUZADOS DE LA CAUSA. *MILIS Y POLIMILIS*

ETA V carecía de militancia pero, como en ocasiones anteriores, logró nutrir sus filas absorbiendo a la disidencia *jeltzale*. La violencia había fas-

⁶³ *Memoria de la provincia correspondiente al año 1970, 1971, AHPG, c. 3676/0/1.*

⁶⁴ El axioma en Aranzadi (1994: 201). Las citas en Ibarzábal (1998: 86) y Garmendia (2006: 157). Amigo (1978b: 18), Domínguez Iribarren (1998: 30), Ezkerra (2002: 212), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 307-308), Molina (2010: 252), Reinares (2001: 76-77), San Sebastián (2003: 16), Uriarte (1997: 214-219), Unzueta (1988: 80-81) y Zulaika (1990: 82-84). Andoni Basterra, Luis Emaldi, Ramón Jáuregui, Ángel Toña y José María Salbidegoitia (entrevistas). El prólogo de Sartre a Halimi (1972) fue difundido en *Zutik*, n.º 61, 1971.

cinado hasta tal punto a los dirigentes de EGI que ensayaron su propia vía terrorista con nefastos resultados (dos de sus miembros murieron en abril de 1969 mientras transportaban explosivos). En el *Aberri Eguna* (Día de la Patria) de 1972 la organización etarra y EGI-Batasuna, el sector más radicalizado de las juventudes del PNV, abanderado por Iñaki Mujika Arregi, se fusionaron. Aun cuando la organización continuó denominándose ETA, dado el número de activistas que aportaba podría decirse que EGI-Batasuna había absorbido a ETA y no al revés⁶⁵.

De cualquier manera, la nueva ETA, que tras la dimisión de Etxabe en 1971 quedó bajo el liderazgo carismático de Eustaquio Mendizabal (*Txikia*), estuvo definida por dos rasgos. En primer lugar, aunque a partir de 1972 se reintrodujo cierta dosis de nacionalismo revolucionario en sus publicaciones, su marco doctrinal se reducía a un *abertzalismo* extremista y dogmático. Los dirigentes de la organización huían conscientemente de cualquier debate que pudiese provocar una nueva deriva «españolista». En palabras de Gurutz Jáuregui, a partir de entonces ETA se encontraba «ideológicamente muerta»⁶⁶.

En segundo lugar, la organización dio comienzo a una sangrienta campaña terrorista. En 1972 secuestró al industrial Lorenzo Zabala y al año siguiente al empresario Felipe Huarte, cuya familia tuvo que pagar un cuantioso rescate. El número de víctimas mortales de la banda creció exponencialmente, al igual que el de etarras fallecidos (dieciocho entre 1968 y 1975). Pero la acción más espectacular de ETA fue la *Operación Ogro*: el 20 de diciembre de 1973 el comando *Txikia* asesinó en Madrid al presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco. No solo se agravó la crisis por la que estaba pasando el régimen franquista, sino que el prestigio de la banda alcanzó su punto álgido. Según el Gobierno Civil de Guipúzcoa, el magnicidio fue «un motivo propagandístico excepcional» que provocó «el alza de cara al exterior» de ETA. Además, aquella bomba desbarató la estrategia de las CCOO, ya que el mismo día del atentado comenzaba el proceso 1.001, que los sindicalistas habían planeado convertir en un juicio-denuncia. Los atentados eclipsaban a la lucha política y el movimiento obrero. Se reactivó la espiral de acción-reacción en el País Vasco y Navarra: hubo 616 detenidos en 1972, 572 en 1973, 1.116 en 1974 y 4.625 en 1975⁶⁷.

⁶⁵ Garmendia (2006: 164-166), Letamendia (1994, vol. I: 366-370) y Sullivan (1988: 164-165).

⁶⁶ Jáuregui (2006: 260) y Aranzadi (2001: 58). Vid. también Zumalde (1980: 283).

⁶⁷ La cita en *Memoria de la provincia correspondiente al año 1974*, AHPG, c. 3680/0/1. Las cifras de detenidos en Castells (1984: 104). La de etarras muertos en Casanellas (2011). *Zutik*, n.º 64, V-1974. Domínguez Iribarren (2000: 338-339), Fuente, García y Prieto (1983), Sabio (2011: 199-216) y Sullivan (1988: 173-177).

TABLA 1
Víctimas mortales de ETA (1968-1974)

<i>Año</i>	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974	<i>Total</i>
Muertos	2	1	0	0	1	6	19	30

FUENTE: *The Victims of ETA dataset* (<<http://www.march.es/ceacs/proyectos/dtv/datasets.asp>>) y Alonso, Domínguez Iribarren y García (2010).

Para muchos etarras la conclusión estaba clara: una bomba era mucho más rentable que diez huelgas. Toda la organización tuvo que subordinarse al dictado del hegemónico y triunfante frente militar, lo que provocó serias desavenencias internas⁶⁸. Definitivamente fue entonces, y no antes, cuando ETA se convirtió en una organización terrorista. Entiendo como tal a aquel grupo clandestino de pequeño tamaño sin control sobre un territorio propio que emplea estratégicamente la violencia terrorista como su método preferente para conseguir objetivos políticos. Y defino como terrorista el tipo de violencia armada que busca un efecto psicológico, político y simbólico superior al de los simples daños materiales y personales producidos por sus atentados. Únicamente los grupos que han adoptado la violencia terrorista como su principal estrategia son organizaciones terroristas. No lo son, por tanto, aquellos que simplemente han teorizado o debatido sobre el terrorismo, se han preparado para la acción (entrenándose o comprando armas, por ejemplo) o han realizado algunos atentados, pero lo han hecho a modo de prueba o como una táctica más dentro de un repertorio más amplio. Contamos con numerosas muestras de estos colectivos: desde los debates sobre la violencia política en el FLP a las esporádicas acciones de EGI, pasando por los diversos partidos de extrema izquierda o extrema derecha y sus secciones especiales («técnicas» o «militares»). La ETA anterior a 1970 puede incluirse en esta categoría⁶⁹.

La muerte en un tiroteo de Eustaquio Mendizabal en abril de 1973 y el secretismo que rodeó el asesinato de Carrero Blanco agravaron las tensiones dentro de ETA. Renació la polémica acerca de cómo coordinar la política con la violencia. En la primera parte de la VI Asamblea, celebrada en 1973, se aprobó el centralismo democrático como diseño organizativo interno y se eligió una nueva dirección dominada por el aparato militar⁷⁰.

El frente obrero de ETA no podía llevar a cabo la labor que tenía encomendada. Arrastrado por el torbellino de los atentados, sobre el que no

⁶⁸ *Sugarra*, n.º 1, 1975.

⁶⁹ Las definiciones se basan en Reinares (1990: 353) y Sánchez-Cuenca (2007).

⁷⁰ La documentación sobre la asamblea en Hordago (1979, vol. XV: 106 y 118-120).

tenía ningún control, tanto la Policía como los trabajadores lo identificaban con las acciones terroristas, lo que le hacía vulnerable a la represión y poco atractivo como medio de protesta. Como resultado, esta sección era incapaz de competir con las CCOO. Por otra parte, muchos de sus miembros consideraban que, en la práctica, se habían convertido en una mera oficina de reclutamiento del aparato militar. En la primavera de 1974, ante la «imposibilidad» de seguir trabajando dentro de ETA, un sector del frente obrero de Guipúzcoa se escindió para dar lugar a LAIA, *Langile Abertzale Iraultzzaileen Alderdia* (Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios), una formación cercana al trotskismo y al comunismo libertario que creó su propio sindicato⁷¹.

El 13 de septiembre de 1974 el frente militar de ETA colocó una bomba en la cafetería Rolando de la calle Correo, cercana a la Dirección General de Seguridad en Madrid. En la explosión murieron doce personas y resultaron heridas unas setenta. Aunque el objetivo del atentado era la Policía, solo pertenecía a dicho cuerpo la decimotercera víctima mortal, el inspector Félix Ayuso Pinel, que falleció en enero de 1977 a consecuencia de las heridas recibidas. Fuera por la evidencia de su error o por cuestiones de índole interno (a decir de José Luis Etxegarai, *Mark*, la sección militar ni siquiera se había molestado en informar de sus planes a la cúpula etarra), la banda intentó desligarse de la explosión mediante un ambiguo comunicado en el que, sin asumir su autoría, apoyaba «el trágico planteamiento» del atentado. Un mes después un segundo documento negaba categóricamente que ETA tuviera nada que ver con la bomba de la cafetería Rolando. No obstante, a partir de entonces las fuerzas antifranquistas (y especialmente el PCE) adoptaron una actitud más crítica con el terrorismo⁷².

El dilema de asumir o no la autoría del atentado aceleró una crisis que llevaba tiempo gestándose: mientras que el frente militar defendió la necesidad de reivindicar la masacre, el resto del Comité Ejecutivo se opuso porque lo consideraba contraproducente. Los *militares* impidieron que representantes de las otras secciones asistieran a las reuniones donde se decidían las próximas *ekintzas* (acciones). Poco después, al igual que en 1966 y en 1970, el aparato militar se rebeló: no volvería a acatar las decisiones de la dirección, ya que había decidido escindirse para crear su propia organización⁷³.

⁷¹ *Kemen*, n.º 1, 1974, n.º 3, IX-1974, y n.º 6, VIII-1975, y *Sugarra*, n.º 1, 1975.

⁷² Alonso, Domínguez Iribarren y García (2010: 40-47), Sabio (2011: 220) y Sullivan (1988: 187). Los comunicados de ETA en Hordago (1979, vol. XV: 485 y 489). José Luis Etxegarai (entrevista).

⁷³ «Planteamiento del grupo escindido» e «Historia organizativa desde la escisión del Frente Obrero hasta la 2.ª parte de la VI Asamblea» en Hordago (1979, vol. XV: 312-314 y 249-257).

Como advierte Gurutz Jáuregui, la causa principal de la división de ETA no era el atentado en sí mismo, un simple detonante, sino el semipaterno debate sobre cómo conjugar la violencia y la actividad política. Esta cuestión era muy relevante para los líderes de la organización, pero lo cierto es que no afectó en demasía a la militancia etarra, la cual no contaba con toda la información, por lo que siguió a aquellos que tenía más cerca y en los que depositaba su confianza: su responsable local, sus amigos, su pareja, etc.⁷⁴

El frente militar, con menos de cuarenta activistas bajo el liderazgo de *Argala*, pasó a denominarse ETAm. Los *milis* auguraban que, tras la muerte de Franco, se iba a instaurar una «democracia burguesa» en España. En ese contexto la banda debía renunciar a la «lucha de masas», a la que podrían dedicarse legalmente otros colectivos, para transformarse en «la vanguardia revolucionaria» consagrada a la «lucha armada». De esta manera, se lograba que los partidos políticos de su órbita quedaran a salvo de la represión policial y, a su vez, que la propia ETAm se librara de cualquier posible contaminación «reformista» proveniente de ellos. La organización *mili* se transformó en un pequeño y muy jerarquizado «ejército», en el que había desaparecido cualquier atisbo de democracia interna (dejaron de convocarse asambleas). Sus principios quedaron reducidos a la apuesta incondicional por el activismo terrorista y a la versión más intransigente y exaltada del nacionalismo vasco⁷⁵. A decir de Xabier Arzalluz, Domingo Iturbe Abasolo (*Txomin*) le confesó que «aquí tenemos un marxista y medio, la persona que escribe los papeles y la persona que los pasa a máquina». El primero, según recoge Gregorio Morán, era el propio *Argala*.

La idea de separar lo «político» de lo «militar» fue fundamental para la aparición ese mismo año de un grupúsculo político (EAS), liderado por Natxo Arregi, Javier Zuloaga y Santiago Brouard, que, tras fusionarse con otro similar vascofrancés (HAS) en 1975, dio lugar a EHAs, *Euskal Herriko Alderdi Sozialista* (Partido Socialista de *Euskal Herria*). En 1977, tras converger con el pequeño ES, *Eusko Sozialistak* (Socialistas Vascos), e independientes, se convirtió en HASI, *Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea* (Partido Socialista Revolucionario del Pueblo), que al año siguiente fue reducido por ETAm a la condición de su subyugado brazo político⁷⁶.

⁷⁴ Domínguez Iribarren (2006a: 54), Jáuregui (2006: 256), Letamendia (1994, vol. I: 395-396) y G. Morán (2003: 405-415).

⁷⁵ «ETAren Agiria», 1974, RL, y «Relación actividad de masas-actividad armada» en Hordago (1979, vol. XVIII: 189-196). Ibarra (1989: 107-108), Jáuregui (2006: 262), Letamendia (1994, vol. I: 399), G. Morán (2003: 414) y Sullivan (1988: 188-189). La cita de Arzalluz en *El País*, 4-VIII-2001.

⁷⁶ Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 80).

El grueso de la organización etarra, fiel al Comité Ejecutivo, fue conocido a partir de entonces como ETAp. Aunque los *polimilis* también eran nacionalistas radicales, a nivel teórico su *abertzalismo* estaba atemperado por cierta dosis de marxismo-leninismo. Una buena muestra era que en el plano estratégico y organizativo la banda se inspiraba en el modelo del Movimiento de Liberación Nacional «Tupamaros», una guerrilla urbana uruguaya de extrema izquierda muy activa entre 1968 y 1972. Los *polimilis* todavía especulaban con una victoria militar a través de la estrategia de acción-reacción y consideraban que desligarse de la actividad política era arriesgarse a que únicamente el PNV se beneficiase de los réditos de la «lucha armada», por lo que apostaron por dotarse de una estructura político-militar que fuese capaz de hacer compatibles atentados terroristas y «lucha de masas». Para intentar evitar una nueva deriva autónoma del frente militar, se decidió politizarlo y crear un «departamento de operaciones especiales en base de comandos ilegales con su infraestructura» para las acciones más complejas: los *Komando Bereziak* (los Comandos Especiales). Iñaki Mujika Arregi se situó a la cabeza de ETAp, Pedro Ignacio Pérez Beotegi (*Wilson*) a la de los *berezis* y Eduardo Moreno Bergaretxe a la de la Oficina Política⁷⁷.

VII. MITOS QUE MATAN. LA NARRATIVA DEL «CONFLICTO VASCO»

Justo cuando la dictadura franquista entraba en su crisis terminal, la unidad de ETA y su entorno se deshacía, dando paso a distintas organizaciones terroristas (ETAp y ETAm) y formaciones políticas (LAIA y EHAS). En los años siguientes se sumaron a la lista nuevos grupos: sindicatos (LAK y LAB), partidos (EIA), coaliciones electorales (EE y HB), bandas armadas (los CAA, Comandos Autónomos Anticapitalistas) e incluso grupúsculos de ámbito local (vid. Anexo IV). Sin embargo, a pesar de la atomización organizativa, los contrastes ideológicos y las crecientes rivalidades, esta constelación permaneció relativamente cohesionada hasta mediados de 1977 por su *abertzalismo* intransigente, la asunción de la narrativa del «conflicto vasco», su relación con ETA y la conciencia de formar una comunidad.

El nacionalismo radical vinculado a la organización terrorista se dio a sí mismo el nombre de «izquierda abertzale» por pretender que su doc-

⁷⁷ Juan Miguel Goiburu (entrevista). *Hautsi*, n.º 5, VII-1974, y *Kemen*, n.º 4, X-1974. Domínguez Iribarren (1998: 140 y 2000: 345), Hordago (1979, vol. XII: 446) y Letamendia (1994, vol. I: 396-400).

trina patriótica se había conjugado con alguna variedad de marxismo. No obstante, el discurso y la praxis de esta subcultura se basaban, sobre todo, en el ultranacionalismo y la legitimización de la violencia. El socialismo de la «izquierda *abertzale*» fue siempre un elemento secundario y, en ocasiones, simple retórica. A pesar de sus declaraciones, como la propia banda reconocía en *Zutik* (1967), «dentro de ETA siempre ha cabido todo el que se ha sentido *abertzale*. Hemos tenido y seguiremos teniendo en ETA *abertzales* no socialistas [...]. En la historia de ETA solo ha habido expulsiones por una causa: por españolismo. A nadie se le ha expulsado por no ser socialista». Esto es, únicamente se excluyó a aquellos militantes acusados de no ser lo suficientemente patriotas: las corrientes que habían intentado profundizar en el marxismo y habían cuestionado algunos de los dogmas nacionalistas, que acabaron escindiéndose (o siendo proscritas) para formar nuevas organizaciones no *abertzales* de extrema izquierda (ETA *berri*, Células Rojas y ETA VI). De igual manera, los colectivos disidentes de otras fuerzas que ingresaron en ETA durante la dictadura tenían su origen en el nacionalismo tradicional (distintos sectores de EGI) y no en el movimiento obrero. En conclusión, ni se puede caer en el error de interpretar literalmente el discurso pseudomarxista elaborado por la «izquierda *abertzale*», ajeno en gran medida a su práctica política durante los años de estudio, ni se debe utilizar acríticamente una etiqueta que el nacionalismo vasco radical ligado a ETA ha inventado para definirse a sí mismo⁷⁸.

Si bien la primera ETA adoptó la narrativa que había inventado Sabino Arana, posteriormente introdujo significativas modificaciones, ya fuera la supresión de los elementos más reaccionarios y anacrónicos, la ampliación de la saga con nuevos episodios, la adopción de un nuevo vocabulario debido a la influencia de otros relatos (el de la lucha de clases y el de los movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo) o la formulación de una prescripción inusual en la tradición del nacionalismo vasco: la «lucha armada». El canon aranista había dado paso a la narrativa del «conflicto vasco» (vid. Anexo III). Para la «izquierda *abertzale*» Euskadi era una nación de existencia inmemorial que había conservado su esencia a lo largo de los siglos: el euskera (aunque, debido al retroceso de esta lengua, era su patriotismo lo que realmente distinguía al vasco del extranjero). En su glorioso pasado Euskadi había sido una Arcadia feliz, independiente, territorialmente unida, étnica y culturalmente homogénea y monolingüe en vascuence. Para modernizar el episodio se ponía el acento en cuestiones

⁷⁸ *Zutik*, n.º 47, 1967. Alonso Zarza (2004: 107), Aranzadi (1994: 199-200), Casquette (2010), Elorza (2005a: 190-241), Fernández Soldevilla y López Romo (2012: 32-33), Mata (1993: 172) y Reinares (2001: 51-84).

supuestamente más progresistas, como el igualitarismo y el matriarcado de los antiguos vascones. El paganismo y la brujería fueron sustituyendo al monoteísmo primitivo y a la temprana cristianización como factores religiosos auténticamente vascos⁷⁹.

Según el diagnóstico de la «izquierda *abertzale*», la Edad de Oro finalizó brutalmente cuando dos potencias imperialistas (el «Estado español» y el «Estado francés») conquistaron y dividieron Euskadi. La nación vasca había quedado reducida al estatus de colonia, la mayoría de cuyos habitantes, el llamado Pueblo Trabajador Vasco, soportaban una doble opresión (nacional y socio-económica).

Los vascos eran las víctimas de un ataque no provocado y, por tanto, estaban legitimados para defenderse. Desde hacia siglos sostenían un heroíco, desigual e intermitente «conflicto» o «contencioso» contra la metrópoli imperialista, cuyos puntos álgidos habían sido las carlistadas y la Guerra Civil. A decir de Julen Madariaga (1964): «hace falta que el pueblo vasco se rinda a la evidencia de una vez por todas de que Euzkadi, es decir, nosotros, nos hallamos en estado de guerra con el ocupante extranjero, por obra y gracia de este, no nuestra». Y es que, con una visión maniquea de buenos y malos, para la «izquierda *abertzale*» los culpables de la violencia originaria que había iniciado el ciclo del «conflicto» eran «Madrid» y los vascos «españolistas». A principios de 1962 un etarra señalaba que «la violencia engendra violencia. Los jóvenes vascos no quieren vivir como esclavos. Son los nuevos gudaris de la resistencia. Tienen a su favor el derecho de los oprimidos». Ese mismo año Madariaga había sentenciado que «no somos nosotros quienes estamos provocando la violencia». En 1964 se podía leer en *Zutik*: «que no se siga a quien es víctima de una agresión de emplear tal arma o tal táctica; hemos perdido en 1937 una batalla pero no la guerra; la guerra no ha acabado». También se debía cuestionar la lealtad de cualquier nacionalista que se acercara al enemigo o promoviese soluciones de consenso como un Estatuto de autonomía. Volviendo al primer texto de Madariaga, «se acabaron los certificados de patriotismo. Patriota es aquel que está luchando en la Resistencia o colaborando con ella». Por el contrario, «todos los demás están del lado del opresor; con España y su ejército, con España y su aparato policíaco»⁸⁰.

Los vascos habían empuñado las armas en defensa propia. Fueron derrotados, pero aquella contienda no había acabado, ya que «¿dónde está

⁷⁹ Sobre esta narrativa vid. Aguilar (1998), Alonso Zarza (2004, 2007 y 2010), Aranzadi (2000 y 2001), Casquete (2009), Fernández Soldevilla y López Romo (2012), Gurrutxaga Abad (1990), Mata (1993), Molina (2009a y 2010), Montero (2011), Muro (2005 y 2009b), Robles (2003), A. J. Romero (2006) y Sabucedo, Rodríguez Casal y Fernández Fernández (2002).

⁸⁰ Las citas de Madariaga en *Zutik*, n.º 8, XII-1962, y n.º 17, 1964. Las otras en *Zutik*, n.º 18, 1964, y *Zutik*, XII-1961/I-1962. Vid. el testimonio de Txema Montero en Iglesias (2009: 471).

la capitulación de los vascos en la última guerra? ¿Existe acaso una rendición incondicional del Gobierno vasco al poder fascista». No había tal, «luego legalmente la guerra subsiste. Todo sabotaje, toda violencia contra elementos oficiales del régimen puede de buena fe sostenerse como acción de guerra». Los etarras habían de cumplir «con el deber de ser leales al recuerdo de los *gudaris*, que murieron en la guerra y al heroísmo de nuestros compañeros de hoy». Por tanto, no podían cejar hasta desalojar al ocupante «español». Para el nuevo *gudari*, a decir de Madariaga, «la lucha de liberación nacional no concluirá más que con la victoria final, la cárcel o la muerte». En palabras de Telesforo Monzón, «la guerra ya no puede terminar mientras Euskadi no nazca a la vida, como Nación plenamente dueña de su propio destino. Ese día será el gran día de la paz y reconciliación de Euskadi con todas las demás Naciones de la Península»⁸¹. Tal era el horizonte final y no cabía imaginar cualquier otro. La sangre solo dejaría de correr con la victoria absoluta de ETA, esto es, con una Euskadi independiente, «reunificada» (mediante la anexión de Navarra y el País Vasco francés), *euskaldun* y (ambiguamente) socialista.

Lo que diferenciaba a la autodenominada «izquierda *abertzale*» del resto del nacionalismo vasco, incluyendo las formaciones extremistas que la habían precedido (como los *jagi-jagis*) era su relación con ETA y, por consiguiente, con la violencia. No solo me refiero a los vínculos orgánicos, que existieron en el caso de EIA con ETApM y de HASI-HB con ETAm, sino también a los más difusos, los emocionales. En la narrativa de la «izquierda *abertzale*» el papel que ocupaba la organización terrorista no tenía discusión. ETA, más que la vanguardia dirigente, era el caudillo o el Mesías (armado) del movimiento: un líder colectivo carismático cuya misión histórica era conducir al Pueblo Trabajador Vasco a la victoria final sobre el «Estado opresor». Autoerigiéndose como la continuación de las partidas carlistas y los *gudaris* de la Guerra Civil, ETA se convertía así en el ansiado héroe libertador de la patria oprimida: el último, dramático e inevitable episodio del «conflicto vasco». Pondré tres ejemplos, uno de cada uno de los partidos que conformaban el nacionalismo radical durante la Transición. Una carta publicada en el boletín de EIA a mediados de 1977 definía a sus simpatizantes como «elementos que han sido en estos últimos años, simplemente incondicionales de ETA y carecíamos de una mayor formación política». Algo similar a lo que se podía leer en un documento presentado por LAIA a una reunión de KAS en 1978: «durante la época de la dictadura la gente entendía que la Izquierda Abertzale era el sector del pueblo que se movía en torno a las

⁸¹ *Zutik*, XII-1961/I-1962, y n.º 8, XII-1962. La cita de Madariaga en «La insurrección en Euzkadi», en Hordago (1979, vol. III: 31). La de Monzón en *Punto y Hora*, 27-X al 2-XI-1977.

coordenadas políticas que marcaba ETA». En 1981 Natxo Arregi, exlíder de EHAS y HASI, describía al campo del nacionalismo radical recién salido de la dictadura franquista como «apenas cultivado, ambiguo ideológicamente, inextiiructurado [sic] organizativamente, articulado en torno a símbolos exclusivistas abertzale-sozialistas y en virtud de una silenciosa sintonía con la lucha armada y los *gudaris* liberadores»⁸².

La saga patriótica era una tupida red narrativa entretejida con diferentes episodios, liturgias y símbolos, los más importantes de los cuales eran los propios miembros de ETA. Así, la «izquierda abertzale» empezó a rendir un auténtico culto a sus *gudaris*: a los etarras muertos se los elevaba a la categoría de mártires cuya memoria había que honrar periódicamente; a los presos (estimados como «presos políticos», ya que el fin superior les absolvía de los medios empleados) se les recibía como auténticos héroes nacionales cuando salían de la cárcel; a los que continuaban en activo se les cedió la representatividad del movimiento y se les reconoció el poder de la infalibilidad: si asesinaban a una persona era porque esta era culpable («algo habrá hecho»). Durante la Transición, como ha estudiado Jesús Casquete, se fue construyendo un complejo calendario conmemorativo a su alrededor⁸³.

Los canales propagandísticos de los que la «izquierda abertzale» se valió para transmitir su narrativa fueron variados, destacando las redes de sociabilidad (bares, conciertos, excursiones, etc.), la politización de las fiestas populares, la espiral del silencio de los disconformes, etc. En el plano intelectual hay que destacar que buena parte de la producción artística y cultural vasconavarra, incluyendo la de ámbito académico, y no necesariamente de manera voluntaria, sirvió para construir, en expresión de Eugenia Ramírez Goicoechea, «una mística de lo diferencial»: se inventaban nuevas tradiciones y se resucitaban otras, convenientemente remozadas con una capa de barniz seudocientífico. «El tema vasco», de moda no solo en Euskadi, sino en toda España, era el caldo de cultivo ideal para el relato del «conflicto» y este, a su vez, para la adhesión a ETA o, como poco, para la simpatía acrítica (era muy frecuente apelar al contexto o a la historia para «comprender» —es decir, disculpar— sus atentados). De lo dicho no se ha de colegir que la organización terrorista fuera la promotora del renacimiento cultural vasco, pero, según Javier González de Durana, «sí se aprovechó de él y, en la medida de sus posibilidades, lo alentó». El ejemplo más temprano fue el libro *Quosque tandem* (1963), del escultor Jorge Oteiza, que influyó considerablemente en ETA al apuntalar cultu-

⁸² Los ejemplos en *Boletín interno de EIA*, n.º 5, VI-1977, *Sugarra*, n.º 8, 1978, y Arregi (1981: 44). Alonso Zarza (2004: 146), Bullain (2011: 198) y Mata (1993: 336).

⁸³ Casquete (2009) y Sullivan (1988: 201-202).

ralmente los mitos nacionalistas de, en palabras de Gustavo Nanclares Gómez, «la supremacía espiritual del vasco»⁸⁴.

Como señala Casquete, «el principal hacedor del arsenal simbólico apto para el culto heroico en el gudarismo» fue Telesforo Monzón, quien nunca renunció a considerarse *jeltzale*, a pesar de que durante la Transición fue expulsado del PNV y estuvo en la órbita de ETAm. Él fijó el canon del «conflicto vasco» uniendo de manera simbólica a los «los *gudaris* de ayer» y «los *gudaris* de hoy», es decir, dándole a ETA y al terrorismo la legitimación histórica que le faltaba. Así, en su opinión, «la Guerra que la España franquista desencadenó contra Euskadi en 1936, no ha terminado [...]. Nuestros *Gudaris*, atacados por *los mismos enemigos*, impulsados por el *mismo patriotismo*, siguen cayendo víctimas de las mismas balas con la misma canción en los labios: Eusko Gudariak gera...». La misión que Monzón se adjudicaba a sí mismo era, en expresión de Jon Juaristi, ejercer de «*Moisés abertzale*». Durante los años setenta las poesías de Monzón, junto a otras exaltaciones épicas de los «*gudaris* de hoy», fueron popularizadas por cantantes como Josean Larrañaga (*Urko*) y el duo *Pantxo eta Peio*, que en la década siguiente dieron paso al «rock radical vasco»⁸⁵.

La narrativa del «conflicto» se transformó en el hilo conductor de la «izquierda abertzale», una «comunidad incivil» nucleada en torno al caudillaje mesiánico de ETA, que reducía el problema vasco a una guerra de liberación nacional y que percibía la pluralidad de la sociedad, no como uno de sus rasgos constituyentes, sino como una grave anomalía que había que corregir por medio de la «lucha armada». Siguiendo a Jesús Casquete, entre el tardofranquismo y la Transición esta subcultura se fue configurando como una auténtica religión política en la que se sacralizaba a la patria vasca. Sirva como ilustración el complejo y emotivo despliegue ritual y simbólico que el nacionalismo radical creó a su alrededor, como fueron determinadas «fechas marcadas en rojo en el calendario», la más destacada de las cuales era el *Gudari Eguna*, sobre cuyos orígenes inmediatos habrá ocasión de hablar más adelante⁸⁶.

⁸⁴ González de Durana (2006: 161), Martínez Gorriarán (2011: 250-262 y 303-347), Nanclares Gómez (2003: 53) y Ramírez Goicoechea (1993: 102-103).

⁸⁵ Las citas en Telesforo Monzón (*Enbata*, n.º 369, 18-IX-1975) y Casquete (2009: 148). Sobre Monzón vid. Juaristi (1999: 146-182, la cita en 146), Mees y Casquete: «Telesforo Monzón», en De Pablo *et alii* (2012: 619-635), y Koldo Mitxelena (*Muga*, n.º 2, IX-1979).

⁸⁶ Casquete (2006 y 2009). Vid. también Sáez de la Fuente (2002).